

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XVII



~Como ángeles en guerra, las estrellas se sumergieron tras el horizonte occidental mientras otras ascendían y los persiguieron desde la dirección opuesta. Entre ellos, constelaciones enteras de Sagradas formaciones titánicas surcaban los cielos negros; y bajo la espada de estrellas de Orión, un par de alas batientes dominaban la noche. Sobre un océano de viento, Lázaro pasó entre el cielo y la tierra, volando alto sobre la campiña francesa, avanzando hacia arriba, adentrándose en las horas crepusculares. El vasto y siempre cambiante paisaje del mundo se extendía ante él, con sus innumerables bosques, campos, colinas, valles, arroyos y ríos. Y mientras toda la Creación desfilaba ante él, su migración hacia el este jamás vaciló. Tampoco flaqueó su firme determinación de encontrar a un fraile y cumplir la solemne promesa que un escudero le había hecho a un sacerdote fallecido hacía mucho tiempo.

Sin embargo, los cielos ya no le daban la bienvenida a su avance, pues una delgada línea roja de un amanecer inminente se dibujaba claramente en el horizonte oriental. Lázaro se deslizó desde los cielos antes de divisar el punto de referencia que buscaba. A lo lejos, una ancha y sinuosa cinta negra serpenteaba a través de un valle de copas de árboles; claramente era el río Loira.

mientras recogía su semejanza y ubicación aproximada de los numerosos mapas de la abadía. Se adentró en el corazón del valle del río y ametralló su dosel forestal. Sobre el río y más allá del bosque, viró bruscamente y descendió aún más antes de nivelarse directamente sobre su superficie agitada. Y en la profunda sombra del En el valle, Lázaro siguió la arteria negra hacia el Golfo de León.

Bajo sus alas, sintió un nuevo escalofrío proveniente del aire frío que envolvía el valle del río. El aire húmedo estaba fuertemente impregnado de un hedor a pantano: la mezcla de olores de maleza en descomposición, madera podrida, charcos estancados de lodo, hongos y peces muertos pero rehidratados delataba una lluvia reciente. Lázaro se pegó a la orilla este del río mientras buscaba un refugio del sol naciente. Sin embargo, las orillas pantanosas no eran más que un par de terraplenes erosionados sobre los que los árboles colgantes competían por el espacio. Muchos de ellos se erguían inertes e inclinados, mientras que otros mostraban raíces expuestas que se extendían como piernas abiertas, ofreciendo solo madrigueras de animales empapadas entre ellas. Con el amanecer ya sobre él, y sin ver ningún refugio aparente, aceleró el paso.

Lázaro viró bruscamente una curva del río y divisó un afluente en su margen oeste. Una estrecha vena se ramificaba desde el río Loira, vestida de oscuridad y casi oculta tras una bóveda de matorrales enmarañados que parecía una cortina. Giró bruscamente, cruzó El río, abriéndose paso entre la maleza, serpenteó por la turbia corriente, esquivando ramas retorcidas y troncos caídos. Bajo él, el remanso estancado del arroyo era un espejo negro y un recordatorio , incluso un cronómetro. En su superficie, vio la silueta de las copas de los árboles, cuyas ramas se extendían oscuras contra el creciente resplandor rojizo del cielo . Estaba perdiendo el tiempo; sabía que el sol era implacable; y con férrea determinación y firmeza, Lázaro se adentró cada vez más en el desierto estigio.

El estrecho cuerpo de agua serpenteaba a través del desierto como la rama nudosa de un árbol, sus orillas deformadas y confusas con más arroyos adyacentes y sinuosos, bordeados de maleza. ensenadas y cavidades obstruidas por musgo. Más profundamente, las orillas daban paso a tierras bajas, con terrenos tan completamente sumergidos en todas direcciones que no dejaban rastro visible de un curso de agua; parecía como si el bosque brotara de una lámina de vidrio negro. De hecho, Lázaro se sintió profundamente perturbado por la luz mortal del amanecer y su reflejo acuoso, igualmente efectivo. Completamente atrapado entre la luz y la oscuridad, volando en un bosque denso y flotando sobre las aguas.

de profundidad indefinida. Sin embargo, siguió el sendero sinuoso donde los árboles no crecen, con la esperanza de mantenerse en el verdadero curso del arroyo.

Avanzó a través del bosque inundado, con grupos de árboles que pasaban a su lado como muros negros, retorcidos y temblorosos. Finalmente, el cielo y las aguas ardieron con un tono carmesí, pareciendo océanos de sangre enfrentados. El frío había abandonado sus alas hacía rato y su rostro ardía como si estuviera expuesto a un viento abrasador. Lázaro entrecerró los ojos, escudriñó a lo lejos y divisó lo que había anhelado: el arroyo comenzaba a redefinirse, elevando sus lomos fangosos fuera del agua. Más allá, se alzó de su otrora tumba acuática, irguiéndose y, con mayor definición, mostrando su cuerpo más ancho, recto y decidido. A medida que las tierras bajas inundadas retrocedían, la antigua vena fangosa se transformó en un barranco, luego en un arroyo y finalmente en un río que hizo retroceder la línea de árboles. La oscura arboleda de árboles de pantano se ocultaba tras hileras de hierba alta y colgante, y, entre la hierba, tallos erguidos se elevaban aún más, con sus puntas apuntando al cielo ofreciendo abultadas plumas grises. Siguió volando, manteniendo un rumbo recto y estrecho sobre el corazón del cauce.

Entonces, apareció en la orilla norte del río como una bendición que surgió de repente. Lázaro la pasó de largo, pero sobrevoló el agua en círculos antes de esconderse entre la maleza de un terraplén empapado. Plegó un par de alas cansadas, se echó hacia atrás sobre los talones, cerró los ojos al cielo ardiente y jadeó buscando respirar más profundamente. Luego se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas, respirando con dificultad mientras gotas de sudor le caían de la punta de la nariz. Dirigió su atención a la orilla del río y encontró una red de pesca desgarrada, parcialmente flotando, el resto sumergido en el fango de la ribera. Dentro del agua, atrapada bajo la red, Lázaro divisó lo que parecía ser la cabeza de una niña pequeña. Con la boca abierta, lo miraba fijamente con ojos soñolientos. Y como mil gusanos diminutos que se agitaban al unísono, su cabello se movía al compás de las olas, fluyendo como una representación surrealista de vida en una parte del cuerpo que, de otro modo, estaría inmóvil. Sin embargo, solo jugaba con él: era la cabeza hundida de una muñeca rota.

Cerca de allí, contra la orilla cubierta de maleza, divisó los restos de una barca destartada, con sus tablones de cubierta empapados y separados, tendidos planos contra la orilla.

y parcialmente oculta bajo el barro y las malezas. Lázaro se puso de pie y se acercó para encontrar un rastro de charcos, que parecían coincidir con las huellas de las botas de un hombre corpulento. Sus ojos los siguieron a través de un camino de maleza aplastada y hacia una puerta de tablones se alzaba contra la esquina de un sólido edificio de piedra. A pesar de las huellas recientes, el lugar parecía abandonado. La estructura estaba invadida por enredaderas vivaces y retoños ansiosos; y en su pintoresca presentación, el edificio podría haber parecido víctima de un bosque voraz, siendo lentamente engullido por completo. Sin embargo, su fachada no había sido devorada del todo. A lo largo de los bordes superiores de sus muros exteriores, dos hileras de maderas podridas sobresalían de su estructura agrietada pero por lo demás estable. Debajo de las hileras paralelas de maderas salientes, manchas rectangulares sugerían la existencia anterior de ventanas, selladas desde entonces con piedras más recientes. A pesar de su estado descuidado, para Lázaro, el edificio parecía un santuario bendito, un refugio de la luz del día. Miró el cielo rojo, observó las huellas y consideró cómo podría explicar mejor por qué un cristiano que volaba debía esconderse de la buena luz del día de Dios.

“¿Hallow, ahí dentro?” , exclamó Lázaro, apartando la maleza con cautela. Lázaro llamó a la puerta. —¿Puedo hablar con usted un momento? —Aguzó el oído y escuchó si había algún sonido dentro—. ¿Podría estar usted aquí? —No oyó nada, salvo el zumbido constante de los grillos en la maleza circundante y el chapoteo lejano, quizás de una tortuga asustada. Lázaro apoyó una mano contra la puerta, empujándola un poco antes de preguntar en voz alta: —¿Hay alguien? —Una araña que huía apresuradamente salió corriendo del interior y pasó junto a él. Se deslizó tras la puerta, entrando en un interior completamente oscuro—. ¿Hallow, aquí dentro?

Inmediatamente, Lázaro salió tambaleándose del umbral, con la mano sobre la boca y ahogándose con el hedor más espantoso y nauseabundo de toda la Creación. Se apresuró a huir entre la maleza mientras se atragantaba, a punto de vomitar. Luego se dio la vuelta, todavía tosiendo, mientras volvía a inspeccionar la puerta. De la boca abierta del edificio, un enjambre de moscas salió a unirse a él. En conjunto, rodearon su cabeza como una forma surrealista y etérea de un halo zumbante. Lázaro abofeteó. Los observó. Miró hacia el este, escudriñando a través de un estrecho hueco entre cipreses para descubrir los primeros rayos de luz que caían a la altura de las regiones superiores del dosel forestal. Río arriba, no vio ningún otro refugio, solo orillas fangosas y matorrales colgantes. El constante ardor en su piel era demasiado, un recordatorio del amanecer. Se giró hacia la puerta burlona y entreabierta del edificio, que parecía exhalar.

Un aliento constante y rancio, quizás comparable a los jadeos malolientes de un perro moribundo. Frunció el ceño, echó los hombros hacia atrás, respiró hondo y volvió a entrar en el edificio. Lázaro cerró la puerta mientras el hedor y la oscuridad lo envolvían.

Con la mano sobre la nariz y de espaldas a la puerta cerrada, permaneció inmóvil, dando tiempo a sus pupilas para que se abrieran paso entre la oscuridad y pudieran distinguir los detalles del interior del recinto: un suelo de piedra; algo parecido a una mesa; otra mesa; otra puerta.

Sus ojos lloraban por el hedor, que podría haber cubierto su entorno incluso más densamente que la oscuridad, el olor quemándole los ojos como un escape de la chimenea del infierno. Los ruidos ininterrumpidos de crujidos y zumbidos llenaban el edificio. Se secó los ojos y volvió a enfocar la vista en el suelo y las paredes fruncidas, cuyas superficies parecían agitarse en la oscuridad. No eran sus ojos llorosos los que les daban ese aparente movimiento ondulante; pues sus rostros se movían de verdad, inundados de moscas que revoloteaban y oleadas de cucarachas que casi los engullían.

En la aparente oscuridad abrasadora, aún más rasgos de la estructura del edificio fueron tomando forma. En lo alto, Lázaro divisó hileras de vigas de madera arqueadas. En conjunto, parecían una caja torácica hueca y extendida, suspendida bajo un techo aún más alto. De ellas colgaban multitud de cuerdas y cadenas, con sus extremos adornados con una variedad de ganchos y púas metálicas. De muchas colgaban peces muertos : enroscados, planos y secos. Y sobre todas ellas, quizás un millón de moscas revoloteaban sobre ojos reventados.

Lázaro se dirigió hacia el centro de la caseta de pesca, apartando las cadenas bajas que resonaban a su paso. Se detuvo junto a una mesa rectangular de madera que, como una isla en sí misma, ocupaba el centro del recinto. Toda la superficie de la tosca pieza estaba marcada con profundas hendiduras lineales y surcos irregulares superpuestos, como si hubiera sido sometida a repetidos golpes y cortes de cuchillas. Pasó un dedo por su superficie manchada y picada antes de volver a examinar las paredes del edificio. Sobre ellos, notó una hilera de soportes para antorchas, similares a los que recordaba de las catacumbas de la abadía. Se volvió hacia la entrada y vio un cubo alto junto a ella y contra la pared. Contenía una serie de antorchas de madera invertidas. Junto a los altos

El cubo era un cubo más pequeño y tapado, presumiblemente un alambique de aceite para alimentar las antorchas.

Se giró y miró hacia las regiones más oscuras del edificio, más allá de los restos de pescado retorcidos, hacia la pared del fondo. Un largo banco de trabajo ocupaba toda su longitud. La parte superior del mueble estaba llena de herramientas para desollar, cabezas de pescado secas y grumos de sal. Debajo de la mesa y sobre el suelo, vio montones de ropa cuidadosamente doblada, principalmente túnicas y vestidos, cubiertos de excremento de rata. Las prendas superiores parecían recién dobladas; sin embargo, más abajo y más cerca de la pared. En el suelo, las prendas mostraban signos de grave deterioro. Junto a las pilas de tela, una hilera de zapatos cuidadosamente colocados cubría la parte inferior del banco de trabajo. Algunos eran nuevos; otros viejos, y otros más desgarrados, como si roedores les hubieran hecho agujeros. Aun así, estaban ordenados con precisión, junto con el resto de los zapatos y la ropa. Surrealista, podría haber parecido, incluso inquietante. Sin embargo, quizás lo que Lázaro encontró más sobrenatural en la parte inferior de la mesa fue que vio, entre sus patas, grados extremos de orden y decadencia que compartían el mismo espacio.

Lázaro apartó las moscas de su cara, tuvo arcadas con un vómito seco y dejó el banco de trabajo. Sin embargo, no pudo deshacerse tan fácilmente del aire rancio que lo rodeaba, como de su olor. Era de un tipo pegajoso que se adhería a la piel y sofocaba la respiración, capaz de irritar la garganta de cualquier hombre hasta casi descomponerla. Recorrió el resto del recinto, convencido de que el horrible hedor no provenía de pescado seco, sino de quizás una fuente húmeda y más espantosa. Sus ojos siguieron una corriente de moscas hacia el sur. pared, y hacia una puerta alta y destartada con un grueso pestillo de metal. Aguzó el oído y escuchó un zumbido constante que provenía de detrás de ella. Luego, bajó la mirada hacia la grieta del umbral para encontrar muchos insectos que iban y venían, como abejas de una colmena atareada. Lázaro ladeó la cabeza y consideró que la fuente, que contaminaba el aire, Lo estropeó desde detrás de la puerta dañada.

La curiosidad lo atormentó, incluso mientras el recuerdo de la voz autoritaria de Iván resonaba en su mente, advirtiéndole del prohibido Túnel de Benión, diciendo: «Nunca, este, Lázaro. Eres libre de recorrer todas las catacumbas, excepto esta , nunca, esta.' Sin embargo, tal vez la cruda verdad de Curiosity radicaba en su capacidad de evocar la tentación suficiente como para alimentar deseos tan salvajes como los de cualquier corazón bestial. Además, ¿qué bestia era capaz de seguir la fría disciplina de la voluntad?

¿Ignorancia, incluso para ignorar la intensidad de su ardiente curiosidad? Lázaro cruzó unas cadenas que tintineaban y se dirigió hacia la alta puerta mientras un mar de mosquitos y peces diminutos se abría paso tras él. Abrió el pestillo de la alta puerta y la examinó de par en par.

¡Pum! ¡Clunk-clunk-clunk! Lázaro saltó a un lado y siseó a una cabeza que cayó y rodó sobre las losas. De repente, detrás de ella, una nube de insectos rugió desde la puerta abierta, ascendiendo a las vigas como un millón de pequeños ángeles exoesqueléticos, liberados. La cabeza de la mujer se balanceaba inmóvil y miraba a Lázaro con ojos lechosos, su cuello derramando larvas en un montón cremoso. Lázaro se apartó y cerró los ojos, como si hacerlo pudiera ayudar a liberar sus sentidos y evitar que el espantoso suceso se instalara en su memoria. Sin embargo, como cada suceso pasado que podía recordar tan vívidamente —era demasiado tarde, ya que su recuerdo perfecto era a la vez un don y una maldición, incluso para exigirle que se detuviera en los detalles más finos incluso de los peores sucesos de las experiencias de su vida— como incluso ahora, con su montón cremoso.

Lázaro tosió, ahogándose con los mosquitos. Se giró hacia la alta puerta destartalada y se acercó sigilosamente. A través del umbral abierto, descubrió una habitación contigua muy ancha pero poco profunda, que parecía abarcar toda la longitud de la pared sur. Consciente de que se encontraba en una lonja de pescado, Lázaro dedujo la probable razón de la habitación, que servía como un recinto separado y más higiénico para el almacenamiento de pescado salado y curado. Sin embargo, tras una puerta cerrada, la estrecha habitación parecía tener un propósito opuesto: evitar que su contenido contaminara todo el edificio. Con la puerta ya abierta, Lázaro encontró el suelo de la habitación cubierto de cadáveres desnudos y decapitados. Quizás cincuenta o más, todos eran cuerpos de mujeres, de diferentes tamaños. Y todos estaban dispuestos en una formación precisa, con los brazos a los costados y el cuello apuntando hacia el norte, hacia la puerta. En conjunto, los restos podrían haber parecido una pila de leña meticulosamente apilada, o una pila de ropa doblada, o incluso una hilera precisa de zapatos. Y al igual que la ropa, los cadáveres presentaban grados de degradación cada vez mayores, ya que, cada vez más cerca del suelo, los rasgos corporales distintivos se fundían en una oscura mezcla de descomposición avanzada. La fila inferior era una capa continua que parecía brea hirviendo, repleta de insectos. Y sobre aquel horrible montón, yacían cabezas soñolientas, mirando fijamente al vacío, quizás a la más desesperanzadora de todas las condiciones humanas.

“¡Argh!” Lázaro corrió hacia atrás, recogió la cabeza extraviada y la arrojó de nuevo a

Salió de la habitación y cerró de golpe la alta puerta. Se tambaleó hacia la mesa que ocupaba el centro de la caseta de pescado, con la cabeza dando vueltas. De nuevo, examinó el mugriento recinto y sus ojos se posaron en la tentadora puerta exterior. Sabía que detrás de ella el aire era limpio y el suelo libre de hormigas y cucarachas. Sin embargo, con el suave resplandor rojo que emanaba de debajo del umbral, también sabía que la Muerte acechaba en la puerta. Finalmente había amanecido: la caseta de pescado era su refugio por el resto del día. Se sacudió los insectos de las botas, se subió a la mesa e inspeccionó brevemente las vigas antes de saltar entre ellas. Se sentó a horcajadas sobre las maderas y se estiró, mirando hacia abajo sobre ellas. Allí yacía, a salvo del carro de fuego de los cielos y del suelo infernal cubierto de insectos. Y en ese exterior estado de limbo, él colgando entre el Cielo y el Infierno, Lázaro escapó a un más Bienvenido al mundo de los sueños.

~*~

¡Tum-tum-shhh! ¡Tum-tum-shhh! Lázaro se despertó ante una serie de sonidos inquietantes y antinaturales que podrían haber parecido a los de una gran bestia arrastrándose por un terreno empapado, golpeando repetidamente sus pesadas patas delanteras contra el lodo y arrastrando sus cuartos traseros sin vida. Lázaro oyó las respiraciones pesadas entre los pasos y recordó un día en el Pozo de las catacumbas de la Abadía, cuando el escudero Thateus creyó que un monstruo había atacado al escudero Miguel. En verdad, Lázaro ahora oía ruidos similares a aquellos, que imaginaba que pertenecían a una bestia marina jadeante y herida, luchando por despegarse de la orilla y encontrar su lugar final para pudrirse.

Lázaro se giró de lado y se quejó, frotándose el pecho y las piernas contra la madera, donde el peso de su cuerpo suspendido en el aire los presionaba. Se levantó y se puso en cuclillas sobre las vigas antes de contemplar el umbral de la puerta exterior y su resplandor rojo. La luz carmesí que una vez recordó ahora se presentaba como un tono diferente de rojo —un rojo moribundo— y supo, por el dolor persistente de las vigas, que el amanecer finalmente se había desvanecido en el crepúsculo. «Pronto, los cielos nocturnos serían suyos», se aseguró. Sin embargo, divisó sombras que pasaban, atravesando el resplandor del umbral. Los ruidos aumentaron. Contuvo la respiración; su corazón latía con fuerza. Si la puerta se abiera para permitir que incluso un tenue rayo de luz se reflejara ...

¡Boom! La puerta se abrió de golpe. Una fuente de luz solar se derramó sobre el suelo para abrirse paso.

Un mar embravecido de cucarachas. Oleadas de insectos se extendían entre las sombras. Lázaro apartó su rostro quemado por el sol y cerró los ojos. Hizo una mueca y apretó la mandíbula, inmóvil como una estatua. En su estado de ceguera y cautela, oyó el inquietante alboroto que se extendía hasta la lonja, como si la bestia marina, arrastrando los pies y jadeando, encontrara el interior rancio del edificio un lugar más atractivo para morir. Sin embargo, el aparente sonido de las patas delanteras golpeando con fuerza se transformó en el ruido más distintivo de las botas de un hombre golpeando las losas. Las bisagras de la puerta crujieron y el cegador resplandor de la luz del día se atenuó. Lázaro abrió los ojos. Miró hacia abajo hasta Encontré a un hombre de pie de espaldas al interior de la casa de pescado, mirando a través de la rendija de la puerta casi cerrada. Se comportaba como un sospechoso o Hombre travieso, escondido dentro y espiando fuera.

Desde las sombras sobre las vigas, Lázaro divisó la espalda del intruso: un hombre corpulento con una abundante cabellera negra y grasienta. Manchas de barro cubrían la parte inferior de su túnica color crema; y debajo de ella, Lázaro divisó un par de botas negras parecidas a las suyas, cubiertas de grumos de barro. Una hilera de huellas fangosas se alejaba de las botas del hombre y se dirigía hacia el centro de la habitación. Solo al mirar hacia la mesa dañada, Lázaro halló la posible causa del ruido de arrastre que había oído antes: divisó una mano flácida y delicada que yacía boca arriba en el suelo. Sin embargo, desde su posición, Lázaro no pudo ver más del brazo ni del cuerpo del dueño, ya que la larga superficie de la mesa lo obstruía todo, salvo la pálida mano. No obstante, no se atrevió a intentar obtener más detalles ni a arriesgarse a oír el crujido de las vigas.

Finalmente, el hombre se escabulló de la puerta y recogió antorchas del cubo alto. Luego, abrió la tapa del cubo más pequeño, mojó las antorchas con aceite y recorrió el perímetro de la caseta de pesca mientras las colocaba en los soportes de la pared. Con unas pocas chispas de yesca, logró que todo el recinto brillara con las llamas de las antorchas. Después, regresó a la puerta exterior y echó un vistazo antes de cerrarla con una robusta barra transversal. Finalmente, se giró y contempló el banco de trabajo junto a la pared del fondo, con sus ordenadas pilas de ropa y zapatos. Dio una palmada y se llevó las yemas de los dedos de las manos, en posición de oración, a los labios sonrientes, como si apreciara e Lázaro observó los detalles más finos de sus rasgos: tez aceitunada, barba negra y rala, ojos oscuros y una nariz prominente, parecida a un pico. Aunque el rostro del hombre le parecía extraño a Lázaro, el rasgo más inquietante de él radicaba en la

La antinatural separación entre sus ojos —en un rostro aparentemente tan carnoso—, junto con la estrecha separación entre sus ojos, le confería una mirada ciclópea bastante inquietante.

Al instante, el rostro del hombre cambió; su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido bajo una ceja dura. Avanzó, levantó a una mujer sin vida del suelo y colocó el cuerpo a lo largo sobre la mesa. Apoyó los brazos de la mujer a los lados y la posicionó en el centro de la mesa, ajustando su postura como si fuera una muñeca de tamaño natural. Mientras Lázaro la miraba, ella pareció devolverle una mirada de ojos azules muy abiertos que gritaba con una profunda desesperación. Sin embargo, el terror transmitido en sus ojos contrastaban fuertemente con la expresión de satisfacción de su rostro relajado; parecía mirarlo con emociones encontradas de repulsión y autocomplacencia, marcadas igualmente por la mirada afligida y la sutil sonrisa que asomaba en la comisura de sus labios. Y allí yacía, mirándolo fijamente, clavando sus ojos en los de él, y tal vez hasta las profundidades del Cielo, mientras el hombre comenzaba a quitarle la ropa. Con cuidado y meticulosidad, los dedos del hombre se movían como los de una madre amorosa con su hija postrada en cama, doblando cuidadosamente cada prenda y apilándola junto al cadáver atado a la mesa.

Lázaro se tambaleó y se agarró a una viga para recuperar el equilibrio. Se cubrió la boca con la mano y se estremeció ante una inesperada oleada de náuseas. Entre el zumbido constante de las moscas y el chasquido de los insectos, Lázaro oyó cada respiración pesada del hombre, con su gorgoteo constante de flema; y observó los dedos gruesos del hombre mientras alisaban y doblaban con gracia la última prenda. A Lázaro, los dedos no parecían corresponder a las manos de un pescador experimentado, pues se veían regordetes y tiernos; a diferencia de los dedos más largos, delgados y de piel más gruesa de su padre, o de los suyos propios, para el caso.

El hombre llevó la ropa y los zapatos del cadáver hasta la pared del fondo, donde los colocó debajo del banco de trabajo, entre la ordenada colección de las demás prendas humanas. Allí permaneció, de espaldas a Lázaro, ocupado con los objetos que había sobre el mostrador. Lázaro se sobresaltó cuando el hombre le gritó por encima del hombro: «Soy el Pescador, el Pescador de todos los hombres; ¡y no saldrás de aquí! No, nadie escapa de la lonja una vez dentro, ¡ni uno solo!».

Lázaro contuvo la respiración.

El pescador continuó: "¿No me crees?"

Lázaro se negó a responder y el hombre clavó la punta de un cuchillo de desollar en la parte superior del banco de trabajo, gritando: "Por tu continuo silencio, entiendo que no quieres Créanlo. Sin embargo, les enseñaré lo contrario. Nadie puede esconderse de mí, ni siquiera ustedes. ¡Lo veo todo, especialmente las obras y los actos del Diablo!

Sin embargo, el pescador se negó a mirar a Lázaro; en lugar de eso, le dio la espalda y amontonó terrones de sal antes de triturarlos hasta convertirlos en un montículo de gránulos finos. Recogió la sal suelta en la palma de la mano y se la frotó por los brazos y el cuello, como si se estuviera bañando. Y, con un repentino y exagerado ahogo, expulsó la secreción de su garganta y la escupió junto a su bota. Las cucarachas huyeron. —Te lo preguntaré una vez más —respondió el pescador, agarrando el cuchillo de la mesa, "¿No me crees, engendro del diablo? ¡Dame una respuesta!"

Sintiéndose completamente expuesto en las vigas al aire libre y cada vez más mareado, Lázaro admitió la derrota. Suspiró y consideró su presentación como cristiano volador .

El hombre se abalanzó desde el banco de trabajo, blandiendo su cuchillo mientras agarraba el cadáver desnudo por el cabello. «¡Respóndeme, bruja!». Sacudió la cabeza de la mujer muerta, le presionó la hoja contra el cuello y le gritó: «¿ Ahora me crees ?».

Lázaro se aferró a las vigas transversales, miró entre sus piernas y luego hacia abajo, a los sucesos aparentemente fantásticos que ocurrían debajo de él.

“¡Ah! Así que ahora confiesas”, exclamó el pescador al cadáver; “¡Cuando todo está perdido, cuando no tienes una defensa preparada!” Luego, de nuevo, como una madre amorosa, sacó un suspiro profundamente y sonrió antes de acariciar suavemente su cabello en su lugar, diciendo: "Descansa tranquila, "Querida mía." Le lamió el blanco del ojo y la consoló aún más, y en un débil susurro que Lázaro todavía oyó: "No hay necesidad de lágrimas. Las brujas no deben llorar; solo las florecitas sienten sus penas."

Lázaro observó cómo el pescador regresaba al banco de trabajo. El hombre afiló su La hoja rozaba una correa de afilado mientras él respondía, aparentemente para contestar una pregunta tácita de la mujer muerta: "Sí, lo eres, y más hermosa que la mayoría".

¿Por qué?"

Lázaro sentía mareos; el estómago le daba vueltas. Moscas perezosas le acosaban la cara.

El hombre soltó una risita para sí mismo y añadió en voz alta: «Jamás contigo, muchacha. No puedes tentarme. Comprendo tu artimaña: finges ser una flor solo para ocultar tus semillas de maldad».

Lázaro reprimió una tos. Recorrió con la mirada el interior del edificio. Solo entonces comprendió el motivo de su malestar, pues el humo ascendente de las antorchas se acumulaba contra el techo, robándole el aire ; no podía permanecer en las vigas. Miró hacia el umbral de la puerta exterior y vio que los últimos rayos del sol aún se filtraban afuera; no podía escapar fácilmente de la caseta de pesca. Se giró y echó un vistazo a la alta y destantalada puerta antes de volver a fijar la mirada en la ancha espalda del pescador, mientras las ganas de toser se hacían cada vez más evidentes. No veía otra alternativa que una confrontación inminente y una presentación convincente de sí mismo.

Se movió sigilosamente, apoyando las manos en la madera mientras se inclinaba suavemente sobre la mujer muerta. Luego, se apoyó a ambos lados de ella, de pie sobre la mesa. No apartó la vista del pescador mientras permanecía en cuclillas sobre ella. Contuvo la respiración y reunió toda la fuerza de sus extremidades, contorsionando su postura y desplazando su centro de gravedad, hasta que sus botas tocaron suavemente el suelo. Caminó como un gato hacia la puerta exterior enrejada, deteniéndose justo antes de llegar al umbral iluminado. Sin embargo, antes de darse la vuelta —antes de que pudiera levantar la mano y contenerse— tosió.

Lázaro y el pescador giraron para quedar frente a frente. A su vez, el hombre sobresaltado... Perdió el cuchillo mientras giraba sobre las losas, quedando inmóvil contra la pared norte. Lázaro apartó la mirada del cuchillo, extendió sus alas y siseó al pescador.

—¡Aléjate! —chilló el hombre, retrocediendo hacia la pared sur.
Lázaro se recompuso y recuperó sus alas, y permaneció vigilando la puerta que él aún no podía permitirle, abierto a la luz del día. “Quédate donde estás”.
“Oh, lo haré... justo aquí... aquí mismo, si lo desea”, balbuceó el hombre, palmeando el Piedras de la pared a su lado. Las cucarachas huyeron. Echó un vistazo al otro lado del edificio, hacia donde yacía su cuchillo de desollar.

La mirada de Lázaro siguió la suya; gruñó. «¡Déjalo ahí!». Cruzaron miradas por encima de la mesa central y el cadáver. «Siéntate donde estás». Pero cuando el hombre permaneció de pie, Lázaro añadió: «Pronto me iré de aquí. Si te sientas, yo también me sentaré; y no nos pasará nada malo a ninguno de los dos». Juntos se pusieron en cuclillas lentamente y, justo cuando su mirada compartida pasó por debajo del cadáver y la mesa del carnicero, volvieron a encontrarse con la mirada fija del otro. Y allí se sentaron, de puntillas, preguntándose en silencio el uno al otro.

Finalmente, Lázaro volvió a comprobar el umbral que había quedado tras él, cuyo resplandor se iba atenuando.

—¿Esperas a que anochezca, verdad? —preguntó el pescador.

—Pronto me iré —dijo Lázaro.

El hombre asintió. —Tal vez sí. Pronto anochecerá. —Gimió y se acomodó para sentarse en el suelo. Apoyó la espalda contra la pared y levantó las rodillas para apoyar los brazos sobre ellas —. ¿Cómo entraste por una puerta sellada? ¿Te conjuré esta bruja? ¿Qué eres? ¿Una especie de demonio?

“Me acomodé en las vigas del techo. No soy ningún demonio.”

“¡Ah! Y por supuesto que no serías un demonio; sin embargo, tus alas y dientes planteaban la duda.” El hombre se aclaró la garganta y se presentó: “Amad, soy Amad Gaston; hijo de Barabass Gaston. Si me permite preguntar, ¿cuál es su nombre de pila?

¿Eres conocido?

—Lázaro, un hombre volador —respondió secamente.

El hombre inclinó la cabeza lenta y profundamente. «El honor es mío, Lázaro; el hombre que vuela».

Lázaro hizo una reverencia superficial en respuesta.

El curioso pescador rompió el prolongado silencio entre ellos, diciendo:

“Aunque soy un excelente pescador, un escriba versado y sabio en muchas maravillas Debo confesar que tu apariencia alada perturba profundamente mi sensibilidad. De hecho, si fuera un hombre común y temeroso de Dios, juraría que eres el mismísimo Diablo. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, como no soy tal hombre, y por lo tanto no puedes ser el Diablo, tal vez debería interpretar este encuentro fortuito como una lección sobre otra maravilla del mundo: la de un hombre volador en carne y hueso.

Se inclinó hacia adelante y asintió. “¿Dices la verdad? No eres más que un títere volador.

hombre, y pronto estarás en camino, ¿verdad?

—No miento —respondió Lázaro—. Soy un cristiano que vuela y pronto partiré .

—Pues bien, no soy cristiano —proclamó el pescador—. Sin embargo, tampoco miento; soy el hombre bueno y honorable que espero de mí mismo. Con el ceño fruncido, se echó el pelo hacia atrás, como para mostrar una imagen más positiva. Luego extendió las uñas, examinándolas. Después, frunció los labios, se llevó un dedo a ellas y reflexionó, tal vez para aparentar una perfección sobre sus impecables habilidades.

«¡Ah!» , chasqueó los dedos y señaló a Lázaro. «Ya sé su nombre».

"¿Nombre?"

—Sí; ese es el título del verso que escribiré sobre mi encuentro contigo. Será una obra fascinante. —Sonrió con picardía—. Y el mundo entero se maravillará con ella. Extendió los brazos hacia el techo y los agitó con fuerza, como si quisiera dirigirse a todo el cielo. «Y el versículo se titulará: “El demonio alado que se hace llamar cristiano”».

—Eso sería mentira; y tú dices que no mientes —afirmó Lázaro.

¿Lo harías ahora? Verás, incluso un demonio podría afirmar que no miente. Y cualquier hombre temeroso de Dios que te viera podría jurar que eres un demonio.

“Pero dijiste que no eres temeroso de Dios.”

«Es cierto; sin embargo, aquellos hombres que pudieran leer tal versículo... bueno, ellos sí temen a su Dios». Se encogió de hombros. «Quizás se trate de esto: la palabra de un hombre que vuela, que se dice temeroso de Dios, se enfrenta a la palabra del resto del mundo temeroso de Dios, ¿no?».

—No soy un demonio. Crear un registro falso como tal sería una mentira —replicó Lázaro .

“¿A quién? ¿Cómo puede tu única afirmación contrarrestar cien afirmaciones en sentido contrario?”

¿Cómo puedes tener razón y cien hombres estar equivocados? ¿Eres tan divino como para hacer tal afirmación?

“Conozco esta verdad mejor que nadie: soy un hombre cristiano que vuela, no un demonio que finge no serlo.”

“Pero, ¿quién puede discutir con cien contra uno?” Incluyó la cabeza.

“Cien hombres pueden estar equivocados, incluyéndome a mí, si presumen erróneamente que Tiene razón.

—¡Ah, espléndido! —exclamó el pescador, dando palmas—. En tus pocas palabras

¡En defensa, habéis refutado las pretensiones de mil, mil hombres!

Lázaro arrugó el rostro. "¿Qué estás haciendo?"

"Estoy hablando con usted. Y estoy sentado, como usted solicitó."

"No; ¿por qué les haces lo que les haces?" Señaló el cadáver.

—Oh, la bruja —respondió con un gesto petulante—, todas son iguales, seductoras.

Los hombres se aprovechan de la bondad de sus corazones para obtener ganancias perversas. No le prestes atención.

"¿La mataste?"

El hombre soltó una risita. "Los cazadores de brujas matan brujas, mi buen hombre. Es lo que hacemos."

Y siendo el cristiano que dices ser, has oído hablar de brujas y de las santas inquisiciones, ¿verdad? Señaló entre ambos y preguntó además: «Si no me humillo para hacerme cargo, ¿quién lo hará? ¿Tú?».

"¿Lo haces por la Santa Sede? ¿La Iglesia te ordenó asesinar mujeres?"

"Las brujas, los hechiceros, las brujas y los lanzadores de hechizos no son mujeres; yo no mato a mujeres ni a niños."

"Algo te pasa."

El hombre ladeó la cabeza, fingiendo una agradable sorpresa. —¿Ah, sí? Y cuéntenoslo.

—Te vi, antes de que le susurraras al oído, con la lengua en su ojo. —Lázaro negó con la cabeza—. Creo que la llamas bruja solo para robarle la ropa y los zapatos.

Lázaro observó cómo el rostro del pescador se convertía en piedra. De repente, pareció fracturarse con sus palabras aullantes: «¡No entres en mi humilde morada y te atrevas a aconsejarme, hombre volador! ¡No sabes nada de mí, ni de mi execrable deber de rectitud, ni de las astutas artimañas de las brujas!». Echó un vistazo a las pilas de ropa antes de dirigir su mirada hacia el cuchillo de desollar. El hombre se volvió hacia Lázaro, entrecerrando los ojos. Lázaro guardó silencio para no irritar más al pescador. El hombre se inclinó hacia adelante con su rostro, aparentemente regordete. Bajo el tenue resplandor de la antorcha y a través de un círculo de moscas que revoloteaban, Lázaro estudió sus ojos; parecían fusionarse hacia adentro y adoptar la forma de un único orbe monstruoso que lo miraba fijamente para siempre. El hombre gruñó: « Puedo ver claramente a través de ti. Somos muy diferentes; tú y yo. Tú solo pretendes ser sabio repitiendo las palabras de otros; mientras que yo hablo y escribo mis propias palabras, puesto que soy sabio». El hombre se relajó y sonrió con sorna. «Escúchame hoy. Escribiré de ti, oh glorioso Lázaro, un verso eterno de un justo y hombre volador pretencioso que encontró vergüenza en la luz de la Verdad y se acobardó en las sombras de la Sabiduría. Te desenmascararé por completo y te dejaré desnudo en la

mundo.” El pescador guiñó un ojo y rió entre dientes, añadiendo: “Como soy bastante diferente a ustedes, tengo tanto el método como los medios para entretener las mentes de los hombres.”

Lázaro apretó la mandíbula y respiró hondo antes de replicarle con las Escrituras y un análisis profundo: «La sabiduría viene de Dios. Parece que asesinas para codiciar la ropa de las mujeres. ¿Y qué hiciste con su ojo?» . Negó con la cabeza. «No, tu corazón no es de Dios».

El pescador frunció el ceño. "¿Dios? ¿Quién es Dios? ¿El tuyo?"

“Solo hay uno, el Señor Dios Todopoderoso, que está en los cielos.”

«Ya me esperaba esa respuesta. Al fin y al cabo, tienes tu fe que defender. Los maestros de tu fe te han enseñado a responder precisamente así cuando otros cuestionan a tu Dios. Sin embargo, en defensa de tu fe, no puedes citar ninguna palabra, escrita o hablada, que yo no haya anticipado y que pueda refutar simplemente con un testimonio de sabiduría, una reflexión racional o una contrapregunta . Así pues, ahórrate el sufrimiento de buscar argumentos donde yo pueda fallar , especialmente en lo que respecta a tu propia fe». Incluyó la cabeza y sonrió, esperando la respuesta de Lázaro.

“No estás a la altura de Dios.”

El hombre frunció el ceño, tal vez esperando más de él.

Un momento de silencio se instaló entre ellos, salvo por el zumbido constante de los insectos y el crepitar de las antorchas encendidas.

Lázaro volvió a mirar el brillo carmesí bajo el umbral de la puerta cuando el pescador lo llamó: «¿Quieres saber cómo llegué a ser tan diferente de la mayoría, verdad? Puedo sentirlo. Si tanto te importa saberlo, entonces te lo diré. cómo sucedió.”

Lázaro se encogió de hombros; para él, la noche no llegaba lo suficientemente pronto. Asintió. «Me interesa saberlo. Cuéntamelo todo».

El hombre sonrió con suficiencia y asintió en respuesta. “Como esperaba... muy bien entonces; lo haré. Como

Sucedió, mis padres pertenecían a reinos diferentes, separados por océanos; sin embargo, un día, mientras ambos buscaban conchas en una playa de Cerdeña, sus huellas se cruzaron y se enamoraron. A pesar de sus diferentes religiones, se casaron en secreto, jurando entre ellos que no faltarían al respeto ni desafiarían la fe del otro. Una temporada completa después de su inusual unión, yo nací. Y como yo era su hijo, accedieron a enseñarme ambas religiones, co

aunque pertenecían juntas, como dos relatos de historias similares. Cuando tuve edad suficiente para cuestionar la diferencia entre ellas, mis padres también juraron me obligaron a guardar silencio, de modo que nunca pudiera contarles a otros sobre mi creencia poco común o las diferentes religiones de mis padres. Después de todo, vivíamos en el reino de la tierra de mi padre, y sus sabios y ancianos tribales prohibían cualquier expresión de una religión contraria. Mi padre era un hombre verdaderamente bueno, ya que permitió que mi madre practicara su fe en secreto, aun sabiendo que su cabeza podría terminar fácilmente en el filo de una espada si ella confesaba su verdadera fe a los ancianos. Sin embargo, en su lealtad inquebrantable, Los ancianos seguían sin comprender nada. Y con el tiempo, llegué a abrazar no a uno, sino a siete dioses en total. El pescador escrutó el rostro de Lázaro .

—¿Siete? —preguntó Lázaro asintiendo deliberadamente mientras echaba otro vistazo al umbral aún resplandeciente—. ¿Por qué, tantos dioses?

El pescador chasqueó los dedos y le dedicó una sonrisa pícaro. «Ya me esperaba esa pregunta».

Y como un fugaz déjá vu en su mente , Lázaro recordó que ya esperaba que el hombre presumiera; que ya esperaba esa pregunta. Es más, de alguna manera sabía que el hombre podría seguir hablando de sí mismo hasta el anochecer.

—En efecto. Yo veneraba a siete dioses en total —continuó diciendo el hombre, levantando la punta de su bota mientras observaba un escarabajo que se acercaba—. Mi sabio padre rezaba a seis dioses y mi bondadosa madre a uno solo; el suyo era el tuyo, el cual ahora defiendes como el único. El hombre bajó la bota; el insecto explotó y le sonrió a Lázaro. Se inclinó hacia adelante y añadió: —Ya ves, lo sé todo sobre tu Dios; era solo uno de los míos.

—O lo aceptas, o no —dijo Lázaro—. Y puesto que ya lo conoces, pero eliges rechazarlo, entiendo que poco puedo ofrecerte para convencerte de lo contrario. Lázaro lo miró fijamente y preguntó: —Tal vez había algo más. ¿Eso te puso en su contra?

El pescador miró con furia a Lázaro. Luego se atragantó ruidosamente y se aclaró la garganta, como para adornar el momento de expectoración. Escupió el esputo junto a su botó y lanzó una mirada fulminante hacia Lázaro. "Por favor, permítame concluir mi

palabras antes de instar a tu tontería.”
—Perdóname —dijo Lázaro.

Se aclaró la garganta de nuevo y suavizó la mirada. —Sí, bueno, todo terminó cuando mi madre se enteró de que mi padre cortejaba a otras mujeres en secreto. Negó con la cabeza. Había tantos secretos entre nosotros. Madre era tan apasionada como él, sabio. Suspiró. En un arrebato de pasión, le arrebató la espada mientras dormía. Sin embargo, él despertó y, en la confusión del sueño, creyendo que su sombra era la de un intruso, la mató allí mismo. Ella jamás le habría hecho daño ; lo veneraba como al sol naciente.

—Lamento mucho tu pérdida —respondió Lázaro, vislumbrando el umbral.
—Oh, supongo que lo eres —dijo el hombre con un marcado tono sarcástico—. Sin embargo, yo... Desperté a la mañana siguiente sin saber nada de lo que había sucedido. Recuerdo el día aún con claridad —yacía en la cama, con el cálido sol, el trinar de los pájaros, los densos vapores de los valles verdes y mis oraciones de agradecimiento a mis muchos dioses— sin darme cuenta de que mi madre muerta y mi padre llorando yacían justo a mi lado en la otra habitación. —Agitó la mano en señal de desdén hacia Lázaro—. Sí, sé que ocultas compasión por mí; no es necesario, buen señor.

Lázaro solo se encogió de hombros.

El hombre continuó: «Desconsolado por la pérdida del único amor verdadero de su vida, mi padre se suicidó poco después; sin embargo, antes de morir, me exigió que le jurara lealtad: que debía abandonar por completo su fe y abrazar la de mi madre, la de su único Dios, el Señor Dios Todopoderoso. Me disgusté con él; me negué. Entonces lloró; luego murió, y me encontré solo, y con siete dioses que, entre todos ellos, no podían proteger ni siquiera a un matrimonio de su propio amor eterno». Se inclinó hacia adelante, escudriñando de nuevo el rostro de Lázaro .

Lázaro asintió. “Siete.”

—Siete —exclamó el hombre, levantando tantos dedos como pudo—. Luego aplaudió una vez y sonrió—. Así que enterré a mis padres, cada uno según la costumbre, y dejé nueve tumbas en la arena antes de abandonar mi patria.

—¿Nueve? —preguntó Lázaro, sintiéndose obligado a hacerlo.

El pescador sonrió con sorna. “Precisamente tantos; puesto que enterré a tu Dios en esas filas de tumbas también.”

Lázaro lo reprendió: «Él es el Primero y el Último; y su palabra jamás perecerá».

«En la nitidez de mi recuerdo, creo que la suya era la tercera tumba. ¿Y qué hay de las palabras? Yo soy el poeta, inmortal. En las palabras, jamás podré morir, mi glorioso Lázaro, el hombre que vuela». Chasqueó los dedos y siseó, como si susurrara un secreto: «Mientras un alma escuche, seguiré viviendo para susurrar palabras. Esta es la verdad. Yo soy... yo».

El silencio entre ellos fue solo momentáneo, ya que fue roto por el ataque del pescador de risa estridente. Golpeó repetidamente las piedras del suelo con las manos, exclamando por encima del tamborileo: «¡Ahora dime, oh Lázaro, el hombre volador! ¿Cuál era la fe verdadera y cuál la falsa? ¡Date prisa! ¡Respóndeme! ¡Responde al sabio!» ¡Poeta, no sea que todos muramos sin uno!

Lázaro se puso de pie. “¡Basta!”

El hombre rió y lo señaló con el dedo acusador. “¡Como esperaba! Te duele siquiera considerar la idea de tu insignificante lugar en este mundo”. Se apoyó contra la pared, aún riendo y sacudiendo la cabeza. “Oh, el dolor que sienten cuando consideran la posibilidad de estar equivocados en aquello que desean que sea cierto ¡Oh, la duda que la visión y la razón traen a la fe ciega! Miró fijamente a Lázaro. “¿No percibes la inquietud que te produce tu propia reflexión sobre ti mismo?”

Lázaro volvió a ponerse en cuclillas, con la mirada fija en el rostro curtido del hombre, y en sus ojos. Él lo reprendió: «Puedo percibir que hay muchas religiones falsas y profetas de ellas; sin embargo, sé que mi fe en Dios Todopoderoso es la única fe verdadera».

—¡Mentira! —gritó el hombre, golpeando el suelo. Moscas encendidas revolotearon. Se cruzó apresuradamente de brazos y se abrazó el torso con fuerza mientras se balanceaba de un lado a otro, mirando al techo y balbuceando palabras que parecía conocer y decir de memoria—. No hay dioses. No hay cielo. No hay infierno. No hay ángeles ni santos, ni

demonios o diablos”. Se balanceó repetidamente y miró hacia arriba, mostrándose perdido en sus propios pensamientos mientras continuaba: “No existe ninguna señal de ellos, en ninguna parte, ninguna confirmación, ni una pista, ni un pedacito...”.

—Mientes —respondió Lázaro con firmeza, llamando la atención del hombre—. La Escritura lo confirma. Es la Palabra de tu Altísimo Señor y Salvador, la cual niegas.

El hombre se meció inmóvil y Lázaro notó un cambio abrupto en su expresión; su semblante pareció transformarse de repente , pasando del rostro de una persona descontrolada y aparentemente perturbada mentalmente al de un hombre imperturbable, de porte distinguido y culto. Levantó la barbilla y miró a Lázaro con su nariz aguileña. «Tu escritura, como la llamas, no es más que el esfuerzo conjunto de escribas fanáticos, muertos hace mucho tiempo, que deseaban que toda la posteridad escuchara sus palabras como una sola palabra, como la única palabra del Dios y la fe que ellos concebían entre ellos. Da la casualidad de que los hombres escriben sobre dioses y demonios, puesto que los dioses y los demonios jamás han escrito sobre sí mismos». Señaló a Lázaro con el dedo, asintiendo. «Quizás te preguntes cómo es que puedo saber cosas tan importantes».

—No me extraña —gruñó Lázaro, volviendo a comprobar la puerta.

—Y te diré —continuó el pescador , ajeno a su propio comentario—. En mis muchas temporadas de viaje —a diversas tierras y sus pueblos— me he encontrado con muchos escritos como tus escrituras, todos ellos proclamando ser palabras sagradas. y decretos divinos de los dioses. Vi muchas formas de ellos: pergaminos, vasijas de barro; tablillas de piedra y madera; grabados en troncos de árboles; incluso cicatrices y marcas en el rostro y el vientre de los hombres, quienes afirmaban que habían sido grabadas divinamente y sin dolor mientras dormían. —Aplaudió—. ¿Y tal vez desees saber cuál de ellos, según entendí, es el más común?

“No lo deseo ” , Lázaro comentó.

Sin embargo, el hombre persistió. “Su similitud radicaba en que, cualquiera que fuera el mensaje divino que transmitían , siempre tenían otra parte de su mensaje que leer, que el mensaje divino era la verdad absoluta, de tal manera que cualquier otra afirmación en contrario era falsa. ¿Y por qué tu escritura podría ser diferente del resto de estos 'mensajes divinos'?

¿Por qué es «mensajes divinos», puesto que también proclama que otras religiones y dioses son irreales, salvo aquellos que se esfuerza por hacer reales? ¿Por qué, para que no sea simplemente otro «mensaje divino»?
¿Entre tantas? Dime; ¿qué verdad más grande hay en ello? ¿Y cómo puedes negar mi verdad sobre ello? —Sonrió con picardía y guiñó un ojo.

Finalmente, Lázaro lo reprendió: «La verdad es que no aceptas al Señor ni su Palabra. Así como otros cuestionan lo que no aceptan o no entienden, tú también lo haces. Tu negación es tu perdición. Y si realmente aceptaras La Palabra de Dios, Padre Celestial, entonces no afirmarías hablar la verdad y negarías las Escrituras en ella. No puedes negar esta verdad, a menos que sea por mentiras.

—Oh, pero puedo hacerlo, y de hecho lo he hecho —replicó el pescador—. No miento. Soy un hombre bueno y justo , incluso honorable.

Lázaro miró el cadáver sobre la mesa, sacudiendo la cabeza. «No; eres un hombre malvado , que solo finge ser bueno. No ofreces nada bueno que se le oponga a Dios, salvo tu falta de fe en Él y en su Palabra».

Lázaro vio una mosca que se arrastraba por la frente del pescador ; se detuvo justo entre sus cejas.

El hombre parecía no darse cuenta del insecto en su frente mientras reía entre dientes y respondía: “ No gano nada destruyendo tu fe. Solo tú podrías perder al rechazarla, ante el rostro inmutable de la Verdad”. Presentó las palmas de sus manos y se encogió de hombros. “Tú Mira, la carga de la verdad recae sobre ti, no sobre mí, ya que no afirmo que los dioses sean reales. Sonrió ampliamente mientras Lázaro observaba cómo la mosca se arrastraba por su rostro antes de enterrarse en su barba.

“Dios es real. No hay otros dioses antes que él. Él es... yo soy”, afirmó Lázaro.

“¿Es? ¿Soy?”, lo desafió el hombre. “Y si te dijera que tu Dios está detrás de eso
“¿Me creerías ?” , preguntó el hombre, señalando la puerta alta y destartalada.

“Te creería.”

El pescadorladeó la cabeza y frunció el ceño. —¿Por qué me crees ciegamente cuando la carga de la verdad debería recaer sobre mí para demostrar que tu Dios está detrás de la puerta?

“Quizás no puedes ver la verdad porque estás buscando a quién debe cargar con el peso de ella.”

—Muy bien, entonces —dijo en aparente reflexión, llevándose un dedo a la barbilla y espantando la mosca que antes se le había posado en la barba—, puesto que no abrí la puerta ni revelé la verdad de mi afirmación, ¿cómo pudiste llegar a creerme de antemano?

—Ya me esperaba esa pregunta —respondió Lázaro—. No necesito que me abran la puerta. saber que el Espíritu de Dios está en todas partes y en todas las cosas. Él está detrás de esa puerta; en estas piedras de la pared; en las vigas del techo ...

Se quitó una mosca de la cara y señaló con el dedo hacia el cadáver. “Él está incluso en su.”

El hombre lo despidió con una risita y un movimiento de cabeza mientras Lázaro continuaba: «¿Quién la creó, si no el Señor Dios? ¿Y quién creó las montañas y los ríos, o el sol y la luna? ¿Lo hiciste tú?». Negó con la cabeza. «No; Dios Todopoderoso creó todas las cosas; está escrito en las Escrituras. Así que puedes dejar tu puerta cerrada y estar tranquilo, seguro de que todo en ti es prueba de la presencia de Dios».

—Creo que no —replicó el hombre—. La única prueba que ofreces es mostrarme que mi casa de peces está... que hay brujas... y que todo está aquí, lo que debería estar aquí. Levantó las manos al aire. —Pero aún no me has convencido de que tu

Dios es algo más que tu deseo de que sea real, a menos que , por supuesto, desees...

¿Podrías mostrármelo a través del ojo de la bruja o del rostro de la luna? Quizás me inunde de gratitud.

Lázaro observó cómo el pescador se inclinaba hacia adelante, echando un vistazo al otro lado del suelo de la caseta de pesca, hacia su cuchillo de desollar.

—Y me gustaría que te quedaras donde estás sentado —gruñó Lázaro.

El hombre se recostó contra la pared y suspiró. “Respóndeme esto: si no hubiera piedras, maderas, brujas, montañas, ni siquiera un sol, si no hubiera nada, entonces ¿cómo...

¿Aún podrías creer que tu Dios existe?

“Si no existiera nada, yo tampoco sería nada y no podría saber nada.”

Sin embargo, puesto que yo soy yo, sé que Dios también existe, ya que yo no me creé a mí mismo.

El hombre apretó la mandíbula y consideró la respuesta de Lázaro. Un breve silencio se prolongó.

Finalmente, el hombre preguntó: "¿Por qué menospreciáis al Gran Creador al referiros a él simplemente como un dios, un rey o un padre?"

“¿Gran Creador? ¿Te refieres a Dios Todopoderoso?”

“No. No dije Dios todopoderoso; no dije Rey, Señor o Duque de los dioses; lo dije No dije Dios del Bien ni Dios del Mal. Dije el Gran Creador, que no necesita nombre glorioso ni título noble.

“Dios Todopoderoso tiene muchos nombres. Y vosotros le dais otro más, al llamarle el ‘Gran Creador’”.

—Ya me lo esperaba —suspiró antes de golpear con un dedo rígido la pierna mientras sermoneaba a Lázaro—. En todos los lugares que he visitado, con cada hombre que he conocido que juraba lealtad a un dios, proclamaba lo mismo que tú ahora : que su dios era el Gran Creador. Sin embargo, el Gran Creador no es un dios de hombres. El Gran Creador creó a los hombres y los hizo maravillarse de este mundo y creer en sus dioses. Entiende eso, si quieres, mi glorioso hombre alado que se hace llamar Lázaro.

“Dios es la Verdad; no necesito defenderlo ante la blasfemia.”

El pescador hizo una mueca antes de soltar una risita. —¿Dios es la Verdad? ¿Eso es todo? ¿Así sin más? ¿Nada más? —Se echó a reír a carcajadas—. Bueno, claro que puedes decir eso; como cualquier hombre podría decir, en defensa de su Dios, que su Dios es la Verdad. Al fin y al cabo, ¿qué hombre sería tan necio como para profesar la creencia en un Dios falso? —Se rió entre dientes—. Dijiste mucho y nada a la vez : nada significativo en defensa de tu Dios; sin embargo, revelaste mucho sobre tu incapacidad para presentar una buena defensa, incluso con las afirmaciones más simples.

“Ya les dije que no lo defiendo; simplemente comparto su verdad”, afirmó Lázaro.

—¿Ah, sí? —El hombre se inclinó hacia adelante—. Entonces, respóndeme a esta verdad: ¿Es el Gran Creador bueno o malo?

“Si te refieres a Dios, entonces Él es bueno.”

«¡Mentira! ¡El Gran Creador lo es todo! Todas las cosas provienen del Gran Creador: todo lo bueno, todo lo malo, desde las flores hasta las brujas, ¡todo! ¿Cómo puedes afirmar que compartes la verdad cuando solo ofreces medias verdades? Sospecho también que crees que el mal proviene únicamente de demonios, ¿verdad?». Él asintió sonriendo.

“¿Y de dónde vinieron estas cosas malas ? ¿De dónde vinieron ellas mismas? ¡Cuéntame semejante cuento infantil !”

—Parece que conoces la Palabra de Dios sin que yo te la haya dicho —dijo Lázaro.
“¿Por qué me pides que comparta la verdad, solo para que luego la rechaces?”
El pescador se encogió de hombros. «Si te dijera, en un instante, todo lo que te preocupa de tu creencia, podrías aprovechar la oportunidad para descartarlo todo con un simple gesto. No quiero dedicar tanto esfuerzo a analizar a fondo las múltiples facetas de tus falsas ideas, solo para que me ofrezcas una reprimenda tan insignificante como : "No te creo" o " No es cierto". Por lo tanto, tu atención y participación activa son imprescindibles. ¿Te gustaría participaren este revelador intercambio en busca de la Verdad, mi glorioso Lázaro Gogu, hijo de Iván Gogu?»

Lázaro negó con la cabeza. Miró fijamente al hombre. —No, no lo creo.
¿Ni siquiera un poquito? Tu boca dentada suplica silencio, pero tus ojos dicen lo contrario. En ellos veo una curiosidad voraz y un hambre insaciable de respuestas a tus muchas preguntas atormentadoras.
“Y tal vez solo ves y oyes lo que deseas ver y oír, mi igualmente glorioso Amad Gaston, hijo de Barrabás Gaston.”

El pescador se rió y le señaló con el dedo a Lázaro. "¡Tienes un ingenio rápido!"
¡Magníficamente dicho! Entonces tal vez ambos seamos culpables de errores similares en la previsión: tú, con lo que no puedes ver que está fundamentalmente mal en tu fe; y yo, con lo que no debería ver en tus ojos aún hambrientos. Lázaro apretó los dientes mientras el hombre continuaba: «Ahora, puesto que soy sabio y estoy dispuesto, mi alado, compartiré contigo la verdad sobre los hombres y sus dioses».

—¿Es necesario? —gruñó Lázaro, inspeccionando brevemente la puerta tras él mientras el pescador también echaba otro vistazo a su cuchillo perdido.
—En efecto —afirmó el hombre—. Es así: así como los niños encuentran consuelo en la presencia de sus padres, así también los padres encuentran consuelo en Dios. Y así como los niños imploran a sus padres guía, certeza y misericordia, así también los padres rezan a Dios pidiendo guía, protección y gracia. Después de todo, cuando los padres eran niños, también sufrieron inocencia, miedo e insensatez.

¿Hasta ahora has entendido lo que quiero decir?

Aunque Lázaro comprendió lo que oía, no respondió, absorto en la aparente incongruencia de la extraña, por no decir fantástica, escena que tenía ante sí. Hipnotizado, miró fijamente al pescador, quien demostró una perspicacia y una reflexión serenas, y que procedió a sermonearlo desde detrás de un cadáver al que, un instante antes, había desnudado y lamido un ojo.

—Con tu silencio, te invito a que me invites a mí —dijo el pescador, llamando la atención de Lázaro—. Ahora te revelaré una verdad aún mayor, una que seguramente negarás por tu fe. Es esta: El Gran Creador lo es todo. Y puesto que lo es todo, no tiene rostro familiar para consolarnos ni alivio; ni manos paternas para brindarnos certeza ni protección; ni lengua materna para consolarnos o curar nuestros dolores. —Señaló a Lázaro con el dedo. «Ahora ya sabes por qué existen libros y relatos sobre dioses. Los hombres escriben ritualmente y hablan de dioses entre sí, expresamente para convencerse, en masa, de que los dioses existen. Y en sus preciadas hojas de las escrituras —en sus cantos de sermón— dan rostro, forma y nombre a los dioses. Y como los creyentes de tu propio Dios, se refieren a él como "Él, Padre, Señor y Rey", y le atribuyen cualidades como "ira, misericordia, dolor y gracia"; como si hubieran creado a su Dios a su imagen y semejanza». El pescador sonrió con sorna. «Ahora respóndeme esto, oh glorioso Lázaro: si los cerdos pudieran maravillarse de sí mismos y del vasto mundo; si fueran tan capaces como el hombre, ¿no podrían también escribir y hablar de dioses hechos a su imagen y semejanza?».

«Si tu corazón estuviera con Dios, no creo que debas asombrarte de cosas que ni los cerdos pueden hacer», dijo Lázaro.

«Y si no te asombras de nada que no sea, como los cerdos capaces, ¿cómo podrías comprender plenamente lo que es, como tú mismo, que eres incapaz?», preguntó el hombre con sarcasmo.

Lázaro apretó la mandíbula. «No necesito defender a mi Dios frente a sus enemigos; y por mi parte, creo que, gracias a mi fe y entendimiento, puedo comprender que ustedes carecen de esas mismas capacidades».

El pescador soltó una risita siseante y lo despidió con un gesto de la mano. «Oh, sin embargo, tengo tanta fe en mis facultades y en el Gran Creador como tú, en nociones necias y convicciones ciegas, como para esconder los ojos de la dolorosa verdad de un mundo despiadado y lleno de maldad». Se encogió de hombros. «Todos lo hacen, igual que tú. Eligen creer en un lugar mejor y en dioses misericordiosos que consuelen las muchas penas de su vida ». El hombre se dejó caer y sacudió la cabeza, suspirando profundamente. «Sin embargo, por desgracia, siguen viviendo en un mundo cruel; y sus dioses no son más que intentos desesperados por dar forma al Gran Creador, sin rostro ni forma.» Se atragantó y se aclaró la garganta, añadiendo: «En sus sueños de un lugar mejor, se niegan a contemplar el mundo que el Gran Creador ha hecho.» El hombre se cubrió los ojos y pareció llorar cuando Lázaro ladeó la cabeza.

Lázaro se sobresaltó cuando el hombre golpeó el suelo con la mano y soltó una carcajada. «¡Qué bestias tan lamentables!», exclamó. «¡Sus dioses no son más que insignificantes representaciones con cabeza de muñeco, que no se parecen en nada al Gran Creador!». Volvió a reír . «Y lo que es más; no solo afirman que su Dios es el Gran Creador, sino que muchos de ellos juran que el Gran Creador puso su semilla en una mujer y engendró un dios-hombre, ¡incluso!». Se rió entre dientes y negó con la cabeza. «De entre todos «Ideas absurdas: un hombre-dios al que adoraban y luego mataban». Su expresión cambió abruptamente a una de aparente contemplación. Observó a Lázaro y se rascó la barba. «¿De verdad puedes creer semejante insensatez?» . Luego guiñó un ojo y sonrió con sorna.

Bajo las llamas en espiral de la antorcha, y dentro de la fría mirada del hombre , Lázaro podría descubrir la misma mirada ardiente y gélida que una vez provino de los ojos de su madre, la misma pasión despiadada que ardía en ellos. Replicó al pescador con una cita de las Escrituras: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

En un gesto teatral, el hombre alzó una mano y con la otra se llevó el pecho , diciendo: «¡Oye! ¡Tus palabras son como dagas clavadas en mi corazón, que me hieren tanto! Las preparas muy bien», exclamó burlescamente, «¡Tan inesperadas, tan recién dichas! Tu sabiduría es ...»

Lázaro cambió de postura y echó un vistazo a la hoja de desollar cuando el hombre dejó caer los brazos flácidamente a su lado y se volvió hacia Lázaro con expresión de estreñimiento antes de añadir: «De quienquiera que hayas sacado esas palabras, deberías devolvérselas e informarle de que son vacías y carecen de sabiduría». Chasqueó los dedos y señaló a Lázaro. “Además, deberías decirle que es doblemente tonto: primero, por creer que esas palabras son la verdad; y segundo, por convencerte de que te comportes conmigo como el mismo tonto presuntuoso y moralista que se comportó contigo. El pescador se abrazó a sí mismo con fuerza y apoyó la espalda contra la pared, sentado rígido e impasible, mientras miraba fijamente a Lázaro.

Lázaro consideró su repentino cambio de constitución. Solo podía recordar tres veces en sus días el mismo grado de resentimiento que en ese momento parecía calentarle. Recordó el destello de ira, cuando el Capitán mató a su padre: las pupilas de sus ojos se contrajeron. Recordó a su Madre desnuda, que socavaría su fe y el intento de matarlo con un monstruo alado, apretó los puños y apretó la mandíbula al escuchar los susurros de los soldados de Hugo, que lo acusaban de ser el monstruo alado que no era. Una gota de sudor recorrió su rostro mientras Lázaro observaba al hombre, de evidente capacidad, que se comportaba como un monstruo y que se burlaba de los cimientos mismos de su fe. Respiró hondo y fulminó con la mirada al hombre que se atrevía a arrebatarle la piedra angular de su consuelo y, con ella, la certeza de que se parecía en gran medida a su padre y no tenía nada que ver con su monstruosa madre.

«Nada que ver con mi madre; no soy un verdadero monstruo», se consoló a sí mismo, relajándose con un suspiro y una sonrisa peculiar mientras respondía: «No tomé prestadas esas palabras de nadie, como usted afirma. Es la Palabra de Dios, en las Sagradas Escrituras. Y puesto que usted dice conocer las Escrituras, pero no parece recordar la Palabra de Dios cuando se le revela, ¿acaso mintió?».

El pescador le devolvió la misma sonrisa peculiar. «No miento. Y, si me lo permite, por favor, intente recordar que soy un hombre de honor y, además, muy versado. Recuerdo sus escrituras al pie de la letra: cada palabra y cada versículo, en todo su tomo». Sin embargo, aunque tú puedas reunir tales habilidades para estar más allá de cualquier hombre común, yo no soy tal hombre”. Se aclaró la garganta y volvió a sonreír. “Así que dime, mi glorioso Lázaro, y cristiano volador de los cielos nocturnos, que estás vestido de negro;

¿También te dedicas a escribir?

—Yo soy escriba —respondió Lázaro—. Sin embargo, si conoces cada palabra de cada versículo de las Escrituras, como afirmas, ¿podrías recitar el versículo 2 Reyes 35 de 17?

El pescador hizo una mueca y frunció el labio. “Eres muy listo al elegir ese verso en particular como prueba de mis habilidades. Sin embargo, acepto tu desafío y espero que me respondas. la misma demostración a su vez”. Tomó aire y recitó el versículo, diciendo: “No teméis a otros dioses, ni os inclináis ante ellos, ni les servís, ni les ofrecéis sacrificios”. El hombre aplaudió una vez y añadió: “Ahí lo tenéis. Ahora bien, permítanme recordarles una vez más que solo abrazo al Gran Creador y no adoro a dioses como el suyo. —Señaló a Lázaro—. Ahora te toca a ti: dime de Proverbios 1:8. ¿Qué dice?

Lázaro lo recordó en voz alta, diciendo: «¿Acaso no llama la Sabiduría? ¿Acaso no llama el Entendimiento?»

¿Dar su voz?

—¡Ah! —exclamó el hombre, arqueando una ceja—. ¿Quizás hay algo más en ti que aún no se ha descubierto?

Lázaro asintió. «¿Quizás has descubierto que no necesito alardear de mis habilidades? Sin embargo, ya que insistes en ello, como sueles hacer, conozco cada palabra de cada versículo de las Escrituras: soy Amad Gastón, pescador y poeta, hijo de Barrabás Gastón».

El hombre arqueó una segunda ceja, al mismo nivel que la primera. "¿Usted también posee ese don ... el de la memoria indivisa?"

—Recuerdo lo que veo y oigo, si ese es el significado de tus palabras —afirmó Lázaro .

"¿Ves u oyes algo una sola vez y lo recuerdas para siempre?"

—Hasta ahora —respondió Lázaro, añadiendo con frialdad— , no he vivido para siempre; ¿y tú?

El hombre se golpeó la frente, visiblemente afectado , mientras hablaba mirando al techo. ¡En todos mis días, nunca he conocido a otro como yo! ¡Y este tiene alas! ¡Qué... ¡Gran diseño, el Gran Creador nos ha hecho! Dirigió una mirada aparentemente alegre hacia Lázaro y añadió: «¡Quizás nos parecemos más de lo que había pensado al principio, tú y yo!».

Lázaro miró el cadáver que yacía entre ellos. "No nos parecemos en nada".

—¡Claro que sí! —insistió el hombre, agitando las manos—. Tenemos el mismo propósito; tú y yo, dotados y malditos de la misma manera: ser plenamente conscientes de nosotros mismos. Se recostó y entrecerró los ojos antes de preguntarle a Lázaro: —¿Cuántas veces releíste los mismos versículos de tu texto sagrado?

“La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, no un texto piadoso”, respondió Lázaro.

“Y yo he leído esos mismos versículos muchas veces, como también deberías hacerlo tú.”

El hombre frunció el ceño. —¿Entonces por qué habrías de leer eso, que ya has leído, para que tu recuerdo no sea menor de lo que afirmas?

“Mi conocimiento de la Palabra de Dios no me convierte en un maestro de ella”, afirmó Lázaro.

“Encuentro nuevos significados con cada nueva lectura”. Luego se inclinó hacia adelante y, con un Con el puño apoyado en el suelo, Lázaro concluyó: "Ni siquiera el recuerdo completo da todo el significado a las cosas recordadas".

El hombre se desplomó contra la pared, sonrió con sorna y se entretuvo crujéndose los nudillos. «Quizás tengas razón, pues el recuerdo no lleva a la comprensión; sin embargo, no recuerdo ninguna conversación entre nosotros sobre "entender" las palabras». Levantó una ceja y asintió. «Sin embargo, puesto que nos llevas a la raíz del árbol, que incluye el significado mismo de la palabra escrita, quizás debería compartir contigo que hay muchas maneras de medir el significado de las obras escritas, aparte de lo que está escrito en ellas». El hombre negó con la cabeza. Lázaro señaló con el dedo y se rió entre dientes. «Afirmas haber leído tu texto sagrado una y otra vez, aunque solo sea para comprender mejor su significado. Respóndeme esto: ¿Has considerado siquiera una vez el significado de sus versículos a través de las palabras y conceptos que no contienen? ¿Has sopesado su significado por todo lo que no dicen? ¿Has extraído más significado de estos versículos gracias a la cuidadosa selección de palabras, conceptos y reiteraciones de los mismos? ¿O estabas tan absorto en la lectura de versículos que no lograste captar el significado completo de tu libro sagrado?»

«No leo vuestras escrituras para aprender lo que no está en ellas; así como tampoco leo sobre las aves para aprender a hacer pan o vino. Habláis, pero no decís nada.»

“Oh, sí que lo hago; eres tú quien escucha sin oír nada. Dime, ¿cuántos textos has leído, Lázaro?”

"Muchos."

El hombre asintió pensativo. —¿Muchos? Entonces dime, ¿cuántos de estos textos eran textos divinos? ¿Cuántos de ellos hablaban de dioses y religiones diferentes, de aquellas distintas a las escrituras que ahora aceptas como verdad? «No soy como ustedes, que creen en muchos dioses, ideas y tonterías. Solo hay un Dios, una Palabra y una Verdad; y no necesito leer mentiras.»

“Y esperaba tal respuesta. Sin embargo, compartiré con ustedes algunas ideas que se niegan rotundamente a escuchar. Son estas: así como todo hombre nace, todo hombre muere. Y puesto que nadie desea morir —puesto que todo hombre desea vivir eternamente—, los hombres han ideado un mecanismo y un medio para escapar del dolor de pensar en su propia muerte. ¿Qué opinan de esta verdad?”

—Tal vez puedas encontrar la manera de reflexionar sobre tu muerte en silencio, ¿verdad? —preguntó Lázaro, volviendo a comprobar brevemente el tenue resplandor del umbral de la puerta.

El pescador se rió entre dientes y continuó: "Como con cualquier persona de cualquier fe, su dispositivo Tu texto sagrado es tu guía, y sus reglas escritas son tu medio. De todas las religiones que he conocido, he descubierto que comparten un entendimiento común. En el centro de todas ellas, hay inscripciones sagradas que se proclaman de origen divino. Y dentro de estas inscripciones y textos sagrados, hay reglas escritas. Estas reglas varían entre religiones y pueblos; sin embargo, he discernido sus similitudes y las he encontrado bastante comunes. ¿Te gustaría escuchar la única regla que comparten?"

Lázaro apartó una mosca de su cara y despidió a Amad, prestando atención a varias cucarachas que se habían congregado en el suelo frente a él; parecían presentarse unas a otras mediante pares de largos pelos adheridos a sus cabezas.

El hombre continuó: “La única regla para todos ellos es esta: si un hombre acepta como verdaderas las inscripciones divinas de su fe y obedece sus reglas, entonces vivirá para siempre en felicidad y paz. Y si un hombre no acepta las inscripciones como Verdad, entonces también vivirá para siempre, pero en tristeza y dolor”. Se rió entre dientes. “¿Qué? ¿Qué te dice eso sobre tus propias escrituras, al compararlas con otras inscripciones divinas? ¿Qué implica esto para cualquier inscripción, de cualquier fe, que se atribuya ser divina?”

Lázaro negó con la cabeza. “Tal vez haya más en ti, algo aún por descubrir. Es

Quizás aquello que no ofreces es lo que más revela sobre ti. Te pregunto : de todas las religiones que has conocido y de todas las palabras que has leído sobre ellas, ¿has encontrado siquiera una sola declaración que te alabe por los males que has cometido aquí? —Señaló el cadáver—. ¿Qué religión, de todas las que dices conocer, podría declarar tus actos asesinos como buenos o justos?

El hombre sonrió y se inclinó hacia adelante para responder: "El tuyo, Lázaro".
"No; no es mío. ¿Y sigues diciendo que no mientes?"
«Debes recordar que no miento. Tu confusión sobre la verdad no significa que yo diga mentiras. Simplemente significa que debes mirar más allá de aquello que crees que es la verdad.»

“No matarás; no robarás. No hay mayor verdad que la Palabra de Dios.”

El hombre se recostó y asintió. “Desde hace mucho tiempo, esperaba que dijeras eso ; y desde entonces he preparado una pregunta para abordar tu afirmación. Te pregunto esto: Si Si tuvieras un entendimiento tan agudo que conocieras un medio para vencer al demonio de tu fe y limpiar el mundo del mal, ¿vencerías entonces a tu demonio?

Lázaro entrecerró los ojos. «Sé lo que hacéis en este lugar: matáis mujeres para robarles la ropa».

“También te pregunto esto”, continuó el hombre, “Si tuvieras los medios para robar los poderes de tu Diablo y enterrarlos en secreto, de modo que se pierdan para siempre de la faz del mundo, ¿le robarías a tu Diablo?”.

Lázaro recordó la imagen de un gigantesco cerdo volador ; respondió: «El diablo comparecerá ante Dios y responderá por cada maldad. Yo no soy Dios, y no necesito preocuparme por cosas que no sucederán. Y creo que algo te pasa por preocuparte por tales cosas».

El hombre lo reprendió: «Creo que hay algo en tu fe que te impide explorar más allá de ella. Sin embargo, ya me imaginaba que no vencerías a tu demonio, ni siquiera para salvar al mundo. Después de todo, tu fe te enseña a ser sobre todo cauteloso al salvarte de ti mismo».

Lázaro negó con la cabeza. «Dios entregó a su Hijo unigénito ...»

—¡Como dices! —exclamó el hombre—. Sin embargo, no hablamos de dar vidas, sino de... ¡El arrebatamiento de ellos! Si vuestras escrituras no hubieran dicho que los hombres quitaron la vida a vuestro dios-hombre, entonces vuestras mismas escrituras no podrían haber hablado de la idea de que vuestro Dios le dio la vida, ¿verdad?

Esos hombres que crucificaron a Cristo no eran como Dios, Amad. Simplemente hicieron lo que Dios les permitió hacer, sin importar el precio que pagaran al final. —Exactamente, Lázaro. Hablas con la suficiente sinceridad en tu fe como para enfrentarte a mí, tal como lo esperaba. —El pescador señaló el cadáver con la mano extendida y añadió—: El Gran Creador me ha dado la capacidad de quitar algunas vidas para salvar muchas más. Te pregunto ahora: ¿Acaso toda mala acción, realizada únicamente contra el Mal, no es una buena acción?

Lázaro arqueó una ceja. «Matar no es salvar».

—Acabar con las brujas salva al mundo —replicó el hombre, entrecerrando los ojos—. Si se les permitiera vivir, seguirían sembrando su maldad, muerte, decadencia y malos presagios entre todos los pueblos buenos de la tierra.

Lázaro miró a la mujer muerta, que en general no tenía nada de particular, antes de preguntar: "¿Y cómo puedes estar seguro de que es una bruja?".

El hombre resopló, visiblemente indignado por la audacia de Lázaro al hacer esa pregunta. Luego, le hizo una pregunta: «¿Cómo reconoce un herrero experto a un corcel? ¿Cómo reconoce un sumo sacerdote las marcas y señales del mal?». Le gruñó a Lázaro: «No te atrevas a desafiar mi sabiduría. Soy un cazador de brujas experimentado y consumado. ¡No sabes nada, absolutamente nada, del arte ni de las artimañas de las brujas y las viejas brujas!» .

—Como dices —asintió Lázaro—. Es cierto que sé poco de ellas. Por eso te pido esa prueba. —Señaló el cadáver—. ¿Puedes demostrar que esta mujer, o cualquier otra, es una bruja?

El hombre miró fijamente a Lázaro antes de admitir: «Cazar brujas no es una práctica precisa, mi glorioso y curioso hombre alado. No se puede obtener evidencia absoluta de una práctica imperfecta. A diferencia de tu fe sencilla, el mundo del Gran Creador no es tan regular y simple como podrías pensar; está lleno de complejidades, intrincaciones y muchos matices».

Lázaro asintió. “Entonces, ¿puedo interpretar su intrincada respuesta como que usted simplemente quiere decir que sí? no tengo pruebas de que sea una bruja, o, que usted podría mencionarme sobre "complejidades" y "matices" en un intento de ocultar la simple verdad, que usted «No tengo pruebas de ello». Se inclinó hacia adelante, presionando aún más al hombre. «Creo que no puedes probar que ninguna de tus víctimas sea bruja. Es más, creo que solo las consideras brujas después de codiciar su ropa y sus zapatos». Señaló el banco de trabajo, con sus vestidos doblados. «¿Por qué otra razón te tomarías tanto cuidado al colocarlos?».

—¡Mentira! —exclamó el pescador, golpeando el suelo—. No lo hago por mí, sino por ti, ¡por todos! El hombre agitó el dedo índice con ira—. ¡Tienes una visión simplista, que solo ve el día o la noche, sin prestar atención al crepúsculo ni al amanecer!
¡Agrupas las cosas para que sean buenas o malas, sin medir su significado ni los grados de bien o mal que contienen! —dijo, y volvió a golpear el suelo.
“¡Cómo te atreves a presumir de conocer mis intenciones basándote únicamente en pruebas superficiales de mis acciones, cuyos significados y métodos aún te son desconocidos!
¡Cómo te atreves a juzgarme!”

Lázaro frunció los labios y arqueó una ceja. Luego respondió con frialdad: «Quizás mi vista sea simple. Sin embargo, mi vista simple ve claramente que te rodeas de ropas y zapatos robados a aquellos a quienes has juzgado y, por tu propia mano, condenado a muerte». Suspiró profundamente. «¿Y afirmas que haces esto no por ti, sino por mí y por todos? ¿Cómo es posible?».

El hombre se burló: "¿Sabes por qué sabes tan poco sobre brujas?"

—Jamás he visto a una bruja —respondió Lázaro—, ni he oído hablar de ninguna, salvo la que está escrita en las Sagradas Escrituras.

“¡Exacto! Nunca has visto una bruja desde que cazadores de brujas fieles como yo mantenemos el mundo libre de ellas. Y no estoy solo en esta justa labor. Incluso el clero de tu iglesia se esfuerza por mejorar el mundo buscándolas y destruyéndolas. Su maldad se extiende por todo lo que tocan. Hacemos lo que debemos. Un cazador de brujas no disfruta de su deber; simplemente hace lo correcto.”

Lázaro dirigió una mirada entre el banco de trabajo y la mujer muerta antes de...

comentando, “Si un cazador de brujas se esfuerza por librar al mundo de los males de las brujas; y las brujas esparcen el mal a través de todo lo que tocan; entonces ¿por qué un cazador de brujas codiciaría la ropa y los zapatos de una bruja? ¿Y acaso un cazador de brujas ¿Acaso no se vuelve más malvado en su lucha por matar a las brujas, cuando tan a menudo les impone su mano?

«¿Por qué te obsesionas tanto con la ropa y los zapatos? ¡Escúchate!» , gritó el pescador .
«¡Ropa y zapatos, zapatos y ropa! Estamos hablando de brujas. ¿ Te pasa algo? ¿No puedes ver más allá de ti mismo?»

"Puedo."

—Entonces, honrame con ello —exclamó el hombre.

Lázaro asintió, considerando el desafío. Señaló a la mujer muerta entre ellos, preguntando: “En primer lugar, ¿recuerdan el nombre de esta mujer?”

—Bruja, vieja bruja, arpía... cualquier nombre le sienta igual —respondió el hombre con brusquedad. Lázaro se encogió de hombros. “Tal vez el completamente vestido, Amad Gastón; que es hijo de Barrabás Gastón desea que ella sea anónima y esté desnuda, ¿verdad?

El hombre lo miró fijamente mientras Lázaro continuaba: «Sin embargo, si esta mujer de repente recuperara el aliento y volviera a la vida, y se le obligara a dar un relato veraz de todo lo que sabía; y yo le preguntara cómo una bruja muerta y desnuda es inferior a una bruja muerta y vestida, ¿cómo podría responderme entonces?».

“¡No volverá a la vida! ¡Y las brujas solo mienten!” , gruñó el hombre, poniéndose de pie de un salto. “¿Quién eres tú para colarte en mi pescadería y burlarte de mí en compañía de brujas?”

Lázaro se puso de pie rápidamente y avanzó unos pasos. «¡Quédate donde estás!»

El hombre se arrancó el ojo de la cuchilla de desollar y desafió a Lázaro: «Y si yo...»
¿No? ¿Qué harás ? ¿Matarme? —Sonrió con sorna—. Recuerdo las reglas que te rigen: No harás ...

Lázaro extendió parcialmente sus alas, abrió la boca y siseó suavemente, de tal manera que El hombre podía ver la longitud completa de sus dientes.

El hombre se echó hacia atrás y se apoyó contra la pared. “Quizás hay más en ti de lo que parece. Ahora intentas desconcertarme, ¿verdad?” Presionó su

Se llevó los dedos a las sienes y entrecerró los ojos con evidente dolor. «Como ellos, intentas sembrar en mi mente ideas perversas». Se frotó la cara, respiró hondo y esbozó una débil sonrisa. «Sin embargo, no puedes usar tu maldad contra un experimentado cazador de brujas, mi glorioso Lázaro».

“Tus pensamientos son solo tuyos, junto con la maldad que se gesta en su interior. Eres tú quien se destruye a sí mismo.

—Silencio —espetó el hombre con la mano extendida mientras escudriñaba las paredes con los ojos muy abiertos—. ¡Escuchen; escuchen!

“¿A qué escuchamos?”

—¡Silencio! ¡Escúchenlos ahora ! ¡Desde el otro lado de la puerta! —exclamó, sujetándose la cabeza con una mano mientras señalaba con el dedo hacia la alta y destantalada puerta.

—Otra vez, susurran sus conjuros. ¡Cúbrete! ¡Date prisa, mi buen hombre volador! —El hombre balbuceaba incoherencias mientras se golpeaba el dedo contra diferentes partes de su cuerpo; sin embargo, a diferencia de un sacerdote, que podría haberse persignado deliberadamente en el predecible signo de la crucifixión, el pescador se tocaba frenéticamente por todas partes y sin orden aparente: la frente, las costillas, el ojo, la rodilla, la lengua...

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lázaro, ladeando la cabeza.

“¡Protégete, Lázaro! ¡Cuida tus pensamientos ante la Maldad, esas malvadas maquinaciones de brujas! ¡Considera solo pensamientos puros, no sea que te destruyas desde dentro!”

Lázaro lanzó miradas alternativamente a la alta puerta andrajosa y al pescador, a quien encontró. Completamente absorto en sí mismo; aparentemente decidido a tocar cada parte prominente de su cuerpo, mientras hacía sonar sus labios y murmuraba una serie de expresiones indistintas que podrían haber parecido la recitación de una oración en una lengua desconocida.

“Despeja tu mente”, le aconsejó el hombre a Lázaro. Dejó de tocarse, se preparó con las manos apoyadas en la pared, se inclinó hacia adelante, respirando profunda y pausadamente mientras le decía a Lázaro: «Reúne tus poderes desde dentro. Esa es la estrategia del cazador de brujas . Hazte semejante a la Espada de la Verdad, como metal forjado, frente al Mal».

Lázaro miró hacia atrás y hacia la puerta exterior, que ahora no proyectaba luz sobre ella. En el umbral, por fin había anochecido. Volvió a mirar el cadáver sobre la mesa y la alta puerta destartalada antes de dirigir su mirada al pescador, que ahora estaba relajado contra la pared, mirándolo con una sonrisa.

«No pueden hacernos daño», le aseguró a Lázaro, «Ahora contamos con la protección total bajo la poderosa armadura del Gran Creador».

—¿Protección —preguntó Lázaro con incredulidad—, contra los muertos?

El hombre negó con la cabeza enfáticamente y acercó la oreja a la puerta destartalada, susurrando con vehemencia mientras le ordenaba a Lázaro que escuchara. «Oh, no están muertos, mi buen aprendiz; solo fingen estarlo. Si aspiras a ser un cazador de brujas experimentado como yo, debes conocer las muchas artimañas de las brujas. Esta será tu primera lección de muchas. Ahora escucha con atención; usa esos oídos tan agudos que tienes y familiarízate con los no muertos».

Lázaro aguzó el oído y escuchó si había algún sonido detrás de la alta puerta.

—¡Oh, en efecto! —insistió el pescador sonriente—. Escúchalas bien mientras susurran entre ellas los secretos del Mal. Señaló el cadáver desnudo—. Es ella, con la cabeza aún cortada, quien puede invocar a sus malvadas hermanas contra nosotros.

Aunque Lázaro vigilaba atentamente al pescador, su mente estaba con sus oídos, que ahora oía los aparentes susurros de muchas mujeres que, al unísono, siseaban desde detrás de la alta y destartalada puerta. Avanzó unos pasos y escuchó con más atención a medida que los sonidos continuos se volvían más nítidos. Y en el aparente zumbido amortiguado, captó palabras susurradas como fragmentos de frases, y quizás, el discurso superpuesto entre brujas que siseaban y viejas parlanchinas.

Lázaro volvió un rostro sonrojado y curioso hacia el pescador, que ahora lucía un Una sonrisa pícaro, como si se deleitara con la nueva prueba que Lázaro pudiera haber reunido repentinamente tras la alta puerta. Y, en verdad, la mente de Lázaro se tambaleó como un torbellino de recuerdos recientes, de las afirmaciones del hombre sobre el honor, la verdad, la sabiduría, la memoria perfecta, el discurso ingenioso, la aguda atención al detalle ...

Dio un paso atrás, tomó aire y se dirigió directamente al hombre: "No es el

«Susurros de brujas». Sacudió la cabeza. «Conozco ese sonido. Son solo nidos de insectos moviéndose unos contra otros».

El hombre dejó de sonreír; su rostro se endureció como una piedra y declaró fríamente: "Los insectos no hablan".

—Ni los muertos —replicó Lázaro—. ¿Quizás has confundido el zumbido de los insectos con las palabras de las brujas para creer en ellas cuando no existían?

—¡Hay brujas por todas partes! —gritó el hombre, agitando los brazos—. ¡No es mi creencia en ellas lo que las hace reales! —resopló—. ¡Ni tu negación las hace irreales!

Lázaro miró el cadáver desnudo. «Puede que haya brujas, como dices; sin embargo, no creo que estén aquí». Dio un paso al frente y fulminó con la mirada al pescador. «Como hombre de honor, como dices ser, como cazador de brujas, como dices ser, ¿puedes jurar que nunca mataste a nadie que no fuera bruja?».

El hombre echó un vistazo a la puerta andrajosa, se encogió de hombros y admitió: "Bueno, como ya mencioné, la caza de brujas no es precisa; a veces, puede haber personas malvadas que dan todas las señales de ser brujas, aunque —no es exacto— cazan brujas y cosas así.

Se aclaró la garganta y suavizó el tono. «Como cazadores de brujas, tenemos buenas intenciones y hacemos todo lo posible por eliminarlas, por librarlas de la gente buena del mundo».

—¿Haces lo mejor que puedes? —preguntó Lázaro.

—Nosotros —ladró el hombre—, y luego alardeó de sus habilidades: —Sin embargo, yo tengo más experiencia, soy más capaz que la mayoría.

Lázaro miró a su alrededor. "¿Dónde están los demás cazadores de brujas?"

El hombre agitó los brazos, miró a su alrededor y soltó una risita con aparente incredulidad. —¡Estamos por todas partes, buen hombre, repartidas por muchas tierras, siempre ocultas! —exclamó el hombre—. No nos presentamos abiertamente ante quienes podrían proteger a las brujas. La nuestra es una vida de secretismo. Y recuerda que yo no te encontré; fuiste tú quien me encontró a mí y a mis brujas.

Lázaro bajó la mirada al suelo, tal vez sintiendo como si el peso del mundo hubiera caído repentinamente sobre él. Miró el rostro del cadáver tendido en la mesa mientras la voz suplicante de la lavandera de Lord D'Alcicourt ardía en su mente, preguntando: «¡Oh, Dios mío! ¿Nos salvarás?» Volvió a comprobar el umbral de la puerta exterior, que no mostraba luz.

Luego miró al pescador, que se cruzó de brazos, y sonrió. “Usted es el primero en haberme descubierto en tantos años. Y probablemente serás el último, ya que soy uno de los mejores cazadores de brujas que existen”. Despidió a Lázaro con un gesto casual, y continuó: “No te preocupes. Siempre supe que se necesitaría más que un simple hombre para descubrirme, y, al ser descubierto por un hombre volador, solo me llama “Atención a mi inquebrantable dedicación al oficio de cazador de brujas”. Tomó aire y sonrió con sorna. “Y creo que el Gran Creador finalmente me ha recompensado con un aprendiz volador y un cazador de brujas excepcional. ¿Qué piensas, Lázaro? ¿Puedes cargar a una bruja mientras vuelas? ¿Podemos salvar el mundo juntos?”. Dio una palmada, las mantuvo juntas como en oración y esperó respuesta.

—Aquí no hay brujas —afirmó Lázaro—. ¿Y qué es un cazador de brujas sin brujas, sino un simple asesino de mujeres?

El hombre soltó una risita y comentó: «Vosotros, los de poca fe». Avanzó unos pasos. “Y si puedo demostrarte que aquí hay brujas, y no solo los insectos que dices oír, ¿me creerás entonces?”

Lázaro echó un vistazo a la alta puerta destartalada.

El hombre asintió: “En efecto; ahí dentro”. Señaló hacia la puerta. “Justo ahí. Puedo Te mostraré muchas brujas y hechiceras, cuyos males han sido deshechos para siempre. ¿Te interesa ver los frutos de la labor del cazador?”

Con el peso del mundo y las palabras de la lavandera resonando en su interior, Lázaro lo consideró todo, lo mejor que pudo. Examinó la alta puerta destartalada, las antorchas encendidas junto a ella y el espacio a su alrededor. Finalmente, retrocedió hacia la puerta exterior enrejada de la pescadería: «Muéstrame tus buenas obras, por favor».

—¡Espléndido! —gritó el pescador—. ¡Somos cazadores de brujas, entonces! —Avanzó con cautela hacia la alta puerta mientras le daba una lección suave pero severa a Lázaro—: Ahora bien, hay varias cosas que debes saber sobre las brujas antes de que abra la puerta. Tu vida puede depender de ello. ¿Me entiendes?

Lázaro asintió y el hombre continuó: “En primer lugar, las brujas no mueren inmediatamente cuando se les quita el cuerpo. Lo que quiero decir es que, hasta que sus rasgos se marchitan por completo y regresan al vil lodo del que vinieron, solo fingen la muerte. Todavía son capaces de tejer su maldad sobre ti; no me di cuenta, hasta mucho después, de que cuando yacen juntas, sus poderes se vuelven mayores que si yacen solas. Sin embargo, para disminuir esta condición, un cazador de brujas debe eliminar la cabeza de la bruja asesinada antes de colocarla junto a otras de su especie. Y cada que debe colocarse en un orden preciso con respecto al siguiente, del más antiguo al más nuevo, afuera al interior.”

—¿Y si no están colocados de esa manera? —preguntó Lázaro.

El pescador le señaló a Lázaro con el dedo. “Nunca cometas ese error, Lázaro. Te atraparán incluso antes de que puedas cambiar el orden establecido.

—Entonces no lo haré; y no me atraparán —afirmó Lázaro. Apartó las cadenas que colgaban y siguió al pescador hacia la alta puerta.

El hombre se giró brevemente para advertirle: «Todo aquello que creas percibir, no lo toques, no sea que te aqueje una enfermedad insoportable o la locura».

Lázaro asintió y, al acercarse a la alta puerta, Lázaro descolgó una antorcha del soporte de la pared. En ese momento, el hombre giró bruscamente y lo agarró del brazo. —¿Qué estás haciendo? —Por un instante, se quedaron frente a frente, con la mirada fija bajo la luz de la antorcha, como orbes ardientes de color azul y marrón.

—Voy a buscar la linterna mientras abres la puerta —respondió Lázaro.

El hombre aflojó su agarre y asintió. “Así es. Sin embargo, no entrarás”.

¿Me das tu palabra?

—No entraré —declaró Lázaro.

—Aún tienes mucho que aprender —comentó el hombre, agarrando el pestillo metálico de la puerta y volviéndose hacia Lázaro—. Ahora, para las brujas malvadas del mundo. ¿Estás preparado para ver lo peor, el mal más vil y repugnante, contenido para siempre detrás de... ¿Esta puerta?

Lázaro asintió, alzando la antorcha. —Solo si tú lo permites.

—¡Mira! —dijo el pescador, abriendo lentamente la alta y destartalada puerta.

La puerta crujió mientras él dejaba al descubierto poco a poco el oscuro interior de la cámara. Moscas revoloteaban desde la oscuridad y la llama de la antorcha crepitaba con insectos chamuscados que caían sobre la cabeza y los hombros de Lázaro. Un hedor a putrefacción lo envolvió; sintió náuseas, retrocedió y se tapó la boca con las manos.

El pescador soltó una risita, abriendo la puerta de par en par. —Se necesita un estómago más fuerte que el tuyo para ser cazador de brujas. Y trabajaremos en ello. —Agarró el brazo de Lázaro y lo acercó al umbral mientras señalaba el interior iluminado de la habitación y su pila de cadáveres—. Brujas, todas y cada una de ellas —dijo, pasando una mano sobre el montón putrefacto—, de la más vieja a la más nueva; de afuera hacia adentro; colocadas con precisión y sin cabeza, como deben permanecer. —Se giró y chasqueó los dedos delante de Lázaro—. ¡Ah! ¿Recuerdas a una vieja bruja que tenía un espíritu familiar en Endor, y a quien buscaba el mismísimo Saúl? ¿No la recuerdas, a esa bruja de Endor?

“No la recuerdo; sin embargo, he leído sobre ella en el primer libro de Samuel.”

—La misma bruja de la que hablan las escrituras de tu fe —afirmó, apoyando las manos en las caderas y sonriendo con sorna. Luego soltó una risita y se golpeó el pecho, jactándose—. Fue la primera bruja que capturé. Señaló con el pulgar hacia el interior de la habitación—. Y aún conservo su cabeza.

«Sin embargo, ustedes llaman a las Sagradas Escrituras meras mentiras, escritas por hombres. Y afirman no mentir. ¿Cómo pueden decir la verdad y afirmar tener la cabeza de una mujer, que está registrada en las Escrituras, y además despreciar todo lo que se dice en ellas?»

El hombre soltó las manos y arqueó una ceja como para desestimar cualquier acusación o insinuación, respondiendo: «No desestimo todo lo escrito en tus escrituras, mi glorioso Lázaro. Del mismo modo que no desestimo por completo ninguna otra obra escrita que los hombres afirman que es la Verdad divina. Todas las obras son ricas en historia; todas están plagadas de verdades comunes. ¿De qué otra manera podría mentir un escriba versado, si no es contando verdades entre sus mentiras?».

“¿Así que crees que tus sagradas escrituras dirían la verdad acerca de esta mujer de Endor, pero mienten acerca del Señor Todopoderoso?”

—Así es, como ya he dicho; tengo su cabeza —dijo el hombre secamente, sonriendo—. ¿Tienes algo de tu Dios para mostrarme como prueba?

Lázaro apretó la mandíbula y respiró hondo antes de reprenderlo: «La mujer de Endor vivió hace demasiado tiempo. No te creo».

El hombre frunció el ceño, gruñó y señaló de nuevo hacia la puerta: «Lo tengo, justo ahí. Y como dices, no crees que tenga brujas; te las muestro. Y no crees que tenga a la bruja de Endor ...» Se aclaró la garganta: «Tu incesante falta de fe en mis habilidades empieza a enfurecerme».

“¿Cómo puedes estar seguro de que tienes su cabeza?”

—¡Porque yo realmente lo tengo, claro! ¡Las brujas no mueren como los mortales!

—exclamó el hombre—. ¿Tienes que presenciarlo todo antes de creer en algo?

—Si me lo permites —dijo Lázaro.

—Muy bien, entonces —resopló el pescador en aparente protesta—. Sin embargo, de inmediato, espero que me demuestres un poco de fe en lo que te enseñé. Como maestro y experimentado cazador de brujas, no espero que cuestiones cada una de mis palabras. Ahora dame “Luz para mí, para ver mi camino”. Tiró del brazo de Lázaro que sostenía la antorcha hacia la puerta mientras entraba y esquivaba la pila de cadáveres, adentrándose más en la habitación. Gritó: “Mientras yacen, de afuera hacia adentro, su cabeza es la que está más lejos.”

Lázaro vio su momento. Extendió la mano hacia el borde de la puerta abierta, pero se detuvo; su mano se detuvo, casi tocando la madera gris. Se contuvo y retiró el brazo.

La voz del pescador se volvió más apagada y distante mientras gritaba desde lo más profundo de la habitación oscura: “Es la cabeza de la mismísima bruja, que fingió ser mi madre, y que intentó matar a mi padre mientras dormía.”

Lázaro volvió a alzar el brazo y se aferró al marco de madera de la puerta, con la intención de cerrarla y echarle el pestillo esta vez; sin embargo, no logró cerrarla. Hizo una mueca, suspiró y retrocedió.

La voz del pescador era débil, pero sus palabras se oían con claridad. «Y cuando enterré a mi padre, desenterré a la vil bruja de su tumba...»

Lázaro estaba de pie junto al cadáver tendido en la mesa. Vio su mirada vacía y retrocedió, acercándose a la puerta exterior de la casa. Inspeccionó el oscuro umbral de la puerta, confirmando que ya había anochecido. De repente, aguzó el oído y dirigió la mirada hacia la alta y destartalada puerta, que ahora se abría y crujía sola. No había brisa, ni rata, ni nada que la cerrara suavemente, pero seguía crujendo con el crujido constante de sus bisagras oxidadas. El lento vaivén de la puerta finalmente superó la mitad de su recorrido cuando unos dedos pálidos como la muerte y uñas negras emergieron de la parte posterior de los tablones verticales de la puerta flotante y se hicieron visibles a la luz de las velas de la habitación.

Se preparó y siseó cuando Lucifael salió silenciosamente de entre las sombras que se alejaban de la alta puerta enfurecida. Terminó de cerrar la puerta, cerrándola suavemente con el pestillo y sellando al pescador dentro. Luego se giró y miró fijamente a Lázaro con ojos reflectantes e inexpresivos que parecían orbes de vidrio negro. Habló, su voz de varias capas como un recital, jadeando al compás de muchas mujeres a la vez, “Tan cerca estabas, Eljo. Sin embargo, simplemente no pudiste obligarte a cerrar la puerta ni siquiera para salvar la vida de otro. ¿Qué te hace eso, Eljo? ¿Divino? ¿Santo? Dime. ¿De verdad mereces ese resplandor enfermizo del Trono sobre tu cabeza cuando ni siquiera tienes la convicción de cerrar una sola puerta abierta, cuando podrías salvar la vida de muchos? Tu piedad y debilidad serán tu perdición. Eres tan predecible, Eljo, tan fácil de leer. ¿Para qué molestarse?”

La voz ahogada del pescador gritó presa del pánico: "¿Qué estás haciendo, Lázaro? ¡Abre la puerta! ¡Dios mío, se mueven! ¡Se arrastran! ¡Ábrela ahora, Lázaro!"
¡Ahora! ¡Están de pie sin cabeza! ¡No! ¡Lázaro!

Lucifael se acercó a Lázaro. Un mar de cucarachas que se escabullían se abrió ante ella, dejando un claro camino de tablones para sus pasos. Se acercó a Lázaro, apoyando sus alas contra la puerta exterior y su travesaño aún firme. Cuando él ya no pudo retroceder más, se inclinó hacia su rostro y le sermoneó: «Estás aquí solo gracias a mi pronta intervención. Fui yo quien te salvó de ese castillo y te envió por tu camino. Yo fui tu única salvación».

Gigante porcino, nacido de mi propio cabello. Sin mi ayuda, hace tiempo que te habrían descuartizado , reducido a cenizas. Sin embargo, aquí estás, vivo y respirando, y ahora me debes muchísimo por haberte liberado de tu cautiverio.

Se apartó del rostro de Lázaro y examinó el cadáver igualmente desnudo sobre la mesa mientras intentaba continuar. «Como pago por haberte rescatado, espero que continúes tu viaje al Monasterio de Canello, en Italia. Y cuando la última piedra de la puerta bajo el altar de su catedral se abra, te recompensaré en especie. A cambio de tus servicios, te concederé

—Te daré lo que sea —interrumpió el pescador con una súplica desesperada —. ¡Solo abre la puerta, Lázaro! ¡Lo que quieras , lo que sea! ¡POR DIOS! Comenzó a gemir y a quejarse.

Visiblemente molesta, Lucifael se giró y chasqueó las uñas en la puerta. Las súplicas del pescador se transformaron en un chillido agonizante y ahogado; un golpe sordo resonó contra las paredes de la habitación y un nuevo silencio se apoderó de la caseta de pesca.

Se volvió hacia Lázaro. «Cuando llegues a Canello, te revelaré la última Piedra de la Puerta; tú la abrirás para mí. Yo te guiaré en el orden de las palabras de la piedra y su correcta recitación».

—No me acercaré —respondió , apoyándose con más fuerza contra la puerta. Ella se abalanzó sobre él. “¡Vete! ¡No me faltes al respeto ni pongas a prueba mi paciencia, Eljo! ¡Abre la puerta y surca los cielos, AHORA! Levantó el travesaño y lo arrojó lejos del umbral de la puerta. “Y no se demoren demasiado.”

Lázaro entró en la oscuridad y se giró para echar un último vistazo al lugar putrefacto. A través de la penumbra del interior de la pescadería, percibió que el cadáver sobre la mesa se había movido; su brazo extendido y alzado quedaba suspendido sobre el borde, apuntando hacia él, como si intentara alcanzarlo . Entre las sombras que se movían y las largas sombras, y bajo el tenue resplandor del fuego de la mesa, el rostro muerto pareció despedirse de él con un rápido guiño y una sonrisa apacible.

“¡Date prisa!” , gruñó Lucifael tras él.

Se alejó de la horrible choza, con la mente aturdida por una miríada de imágenes y sonidos desagradables que sabía que podrían permanecer para siempre demasiado confusos y terribles como para olvidarlos. Comprendió que ya se habían grabado a fuego en su mente y que podrían atormentarlo por el resto de sus días. Ahora eran parte de él, tanto como sus brazos, piernas y alas. Y sabía que ese tipo de recuerdos eran los que cambian la mente con el tiempo, para bien o para mal, y ahora estaban dentro de él. No se podían lavar, cortar ni arrancar sin destruirse a sí mismo en el proceso. Como el hedor putrefacto que aún persistía en su ropa, esa horrible choza era ahora parte integral de él, lo que incluso podría cambiarlo, aunque solo fuera por un instante más que un poco.

Apartó la maleza, escudriñó el cielo estrellado y se lanzó hacia arriba dejando un enjambre. De moscas que ascendían y giraban en espiral a su paso. Sobrevoló una extensión de copas de cipreses antes de ascender hacia las estrellas, donde finalmente viró hacia el sur.

En su mente, de acuerdo con los recuerdos de mapas de abadías estudiados durante mucho tiempo y con la aptitud innata para la navegación de cualquier ave migratoria, Lázaro alineó su ruta de vuelo prevista directamente con las costas septentrionales del Golfo de León. En la fresca y tranquila tarde, se estabilizó y niveló el vuelo, trazando un rumbo firme hacia el lejano Monastero del Canello en Umbría, en Italia, donde podría buscar a un fraile residente y llevarlo de regreso a Auvernia, Francia, para cerrar la Puerta de la Abadía de los Guardianes que un cardenal de Aviñón caprichoso, vengativo e insensato, utilizando manuscritos robados de los archivos apócrifos custodiados del Consejo Superior, había logrado, torpe pero exitosamente, abrir.

[Fin del capítulo 17]



Esta obra literaria fue creada exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~